

Capítulo 32. El caso de Yugoslavia

1934: Italia trata de destruir a Yugoslavia • Yugoslavia es rodeada • Los crímenes de la Ustachá • La responsabilidad de la Iglesia • Los musulmanes • La fuerza moral de los serbios • El Vaticano, la CIA, y el FBI se alían para reclutar y proteger terroristas • Post Data

Como es bien sabido, el Vaticano [durante la guerra] nunca condenó a los nazis por su política de tortura y muerte. Y esto, a pesar de que estaban informados de ello casi desde el principio. ...Sus protestas de ignorancia, como lo revelan los archivos, eran de una duplicidad descarada.

—Deborah Lipstadt, *Testigo de la Persecución: Los Aliados y el Holocausto* (1983:324)

Si [Andreija] Artukovic* hubo de darle la vuelta al mundo sobre las alas de la caridad cristiana simplemente porque favoreció a la Iglesia, entonces el cristianismo está muriendo. Y si ahora, por razones ecuménicas o lo que sea, se supone que no debemos hacer preguntas acerca de él, entonces [el cristianismo] ha muerto.

—Hubert Butler, *El Archivo Artukovic* (1997[1970]:25)

* Artukovic fue el Himmler del ‘Estado Independiente de Croacia,’ creado por los nazis. Asesinó a cientos de miles en campos de muerte. La Iglesia Católica se encargó de que escapara a la justicia.

En este libro argüimos que si uno busca comprender la verdadera ideología y metas de las clases gobernantes de Occidente debe estudiar sus acciones antes de, durante, y después de la Segunda Guerra Mundial. Hagamos un breve resumen de lo repasado hasta aquí.

Examinamos primero el enorme esfuerzo que hicieron las dirigencias estadounidense y británica para desarrollar y diseminar la ideología eugenista, colmada después en el nazismo alemán (PARTE 2). Luego vimos cómo, ya instalado Hitler en el poder, esas mismas dirigencias impulsaron políticas—llamadas de ‘apaciguamiento’—cuya consecuencia consistente fue allanar el camino de la conquista nazi de Europa (PARTE 4, y CAPÍTULO 16). Después vimos la continuación de esas políticas ya comenzada la guerra (PARTE 6). Especialmente dramática es la evidencia concerniendo el abastecimiento y financiamiento de Hitler, desde la cima occidental, *después de Pearl Harbor* (CAPÍTULOS 17 y 18). Ahora hemos comenzado a repasar la evidencia sobre el comportamiento de las dirigencias occidentales en la posguerra inmediata, cuando protegieron y reclutaron a la vasta infraestructura de espionaje y crímenes de guerra nazi y la desplegaron de forma encubierta para fines militares y políticos (CAPÍTULO 31).

¿Qué papel jugó en todo esto la Iglesia Católica?

En la primera de las dos epígrafes que abren este capítulo la historiadora Deborah Lipstadt parece reprobar con emoción la “duplicidad descarada” de la jerarquía eclesiástica. Pero la apariencia es engañosa. Lipstadt se limita a acusar *pecado de omisión*: el Vaticano calló durante la guerra: “nunca condenó a los nazis por su política de tortura y muerte.” La

segunda epígrafe, de Hubert Butler, es más fuerte, pues acusa pecados de *acción*: la Iglesia Católica protegió a criminales de guerra nazi responsables de asesinar inocentes en campos de muerte. Es interesante que la acusación más seria venga de un cristiano y la más débil de una judía.

Más interesante todavía: la prosa de Lipstadt de hecho rebosa de apologías—y son las de cajón—para disculpar el comportamiento del Papa Pío XII. El pontífice, escribe la historiadora, hizo lo que hizo porque temía una victoria comunista y la posible ocupación nazi de Roma. Es decir que prefería antes cualquier cosa—inclusive a los nazis—que una victoria comunista, y además no quería provocar a los nazis con denuncias para no darles excusas de ocupar la Ciudad Eterna. Pero entonces ¿por qué continuó el papa callando las denuncias cuando los Aliados habían liberado ya la ciudad de Roma y era obvio que los nazis perderían? Porque, afirma Lipstadt, los alemanes hacían un último esfuerzo desesperado de impedir el avance soviético hacia el occidente, y Pío XII apoyaba eso. Otra razón, agrega, es que si el papa hubiese exhortado a los católicos a oponerse a Hitler, muchos se habrían negado, exponiendo con ello la impotencia de la Iglesia.¹

Para desvirtuar estas apologías basta con analizar el contexto de lo repasado en la PARTE 3, pues ahí vimos que la Iglesia Católica jugó un papel central 1) en la diseminación de la propaganda antijudía que más tarde sería la propaganda nazi (CAPÍTULOS 9 y 10) y 2) en el proceso político que dio poder absoluto a Hitler en Alemania (CAPÍTULO 11). Pero si ello no bastare, está el comportamiento de la Iglesia durante la guerra, que no se limitó, como afirma Lipstadt, a omitir las denuncias

que merecían los bien conocidos horrores de los nazis. No, los hechos son peores aun, y la documentación más extensa justifica las acusaciones más graves. En este capítulo veremos que *muchos sacerdotes católicos, con el conocimiento y apoyo del Vaticano, se aliaron con—e inclusive participaron en (dirigieron, inclusive)—la etapa yugoslava del Holocausto.* Terminado ese horror, la Iglesia se esmeró en proteger de la justicia a los criminales proveyendo santuario temporal y rutas de escape a una multitud de nazis empapados de sangre serbia, judía, y gitana.

Para poder contar con todo el contexto relevante al complicado caso yugoslavo comenzaremos nuestro relato en la preguerra; terminaremos en la posguerra inmediata examinando la alianza de la CIA con el Vaticano para reclutar a la inteligencia estadounidense a muchos nazis yugoslavos, protegidos luego en Estados Unidos por el FBI. Este ejercicio resultará instructivo. Primero, porque incluso la gente que lee sobre la Segunda Guerra Mundial a veces no conoce lo sucedido en Yugoslavia, aunque fuera de una enorme importancia (en la opinión de más de un estudioso, la guerra de cierta forma se decidió ahí). Segundo, porque el papel que jugó la Iglesia en Yugoslavia fue directo y central.

1934: Italia trata de destruir a Yugoslavia

En 1934 Hitler había empuñado ya firmemente las riendas en Alemania y aceleraba su rearme a toda velocidad. Pero mientras que otros gobernantes, con sus políticas de ‘apaciguamiento,’ asistían los preparativos de los nazis para hacerse de Europa (PARTE 4), el Rey Alejandro de Yugoslavia

hacía lo posible por contener el creciente movimiento fascista en el continente. En este capítulo repasaremos los inimaginables crímenes de los fascistas yugoslavos, en aquel entonces ocupados ya con su campaña terrorista que pretendía desmembrar Yugoslavia, para lo cual recibían apoyo de potencias vecinas fascistas que anhelaban heredar los pedazos. Esto orilló a Alejandro a suspender temporalmente la constitución en su esfuerzo de preservar la integridad de su Estado (ha sido criticado por ello pero nadie explica qué alternativa tenía). Alejandro no se limitaba a la política interna: el rey yugoslavo trabajaba duro por construir un sistema de compromisos y alianzas que pudiera proteger a los europeos de la amenaza nazi. Uno de sus principales aliados era el ministro de relaciones exteriores francés, Louis Barthou. Fue para reunirse con Barthou que Alejandro desembarcó en el puerto francés de Marsella el 9 de octubre de 1934.

Un día terrible para todos los pueblos del mundo.

En internet puede apreciarse un breve pero fascinante documento fílmico de aquel día. Vemos a Louis Barthou esperando el desembarco de su ilustre invitado. El buque de guerra yugoslavo llega a puerto. Aparece el rey. Rebecca West vio este rodaje, publicado poco después, en una proyección privada, pues había sido apresuradamente retirada de los cinemas. “[E]l hombre que desciende la escalinata a la lancha que lo llevará al muelle,” comentó, “a él lo entiendo, porque no representa algo nuevo. Siempre la gente tiene la idea del líder, y a veces nace un hombre que encarna esa idea.”² Los tonos lúgubres del viejo blanco y negro fílmico me afectan, pues parecen vaticinar lo que pronto, como ya sé, habrá de suceder.

El rey trepa a la lancha entre un agitar de banderas y olas. Vientos de guerra.

Pero Alejandro desembarca en Marsella para confabular la paz. Su contraparte, Barthou, cual frenético carpintero, ha venido dando vueltas de aquí para allá armando y martillando un sistema de alianzas europeas que neutralice las ambiciones de conquista nazi. Por la posición geográfica y tamaño de Yugoslavia, el acuerdo que vino a firmar con él Alejandro representa una pieza importante del *bricolage* de seguridad colectiva que construye el ministro francés. Solo falta firmar este acuerdo, y uno más con los rusos que ya se ha preparado, y Barthou cerrará la pinza, rodeando a los nazis. Las multitudes marselesas están emocionadas porque consideran a Barthou y a Alejandro sus salvadores, y los reciben con vítores mientras los dignatarios, reunidos en el muelle, se adentran en la ciudad en un coche destapado, saludando y sonriendo a sus admiradores. El coche circula, las masas celebran. Un instante más, empero, y todo acaba: se detiene el tiempo. De la nada, una metralla de disparos. Pandemonio. El Rey Alejandro agoniza en el coche, acariciado por sus admiradores, hasta que muere. Barthou está gravemente herido. Pronto morirá también.

Anthony Eden luego diría que aquellos disparos fueron los primeros de la Segunda Guerra Mundial. ¿Por qué la exageración? Sin duda porque fue otro magnicidio balcánico el que sirvió de gatillazo a la *Primera* Guerra (CAPÍTULO 10). No puede negarse, empero, que la matanza de Marsella fuera importante. El antropólogo Keith Brown, experto en la historia y cultura de los Balcanes, escribe:

Suponer que todo habría sido distinto si Alejandro y Barthou no hubieran muerto en Marsella pudiera sonar como aquella teoría, pasada de moda, de [la importancia histórica] de los ‘grandes hombres.’ Pero cuando muere un líder absoluto, o un funcionario cuyos planes de largo plazo están cuajándose en ese momento, algunas cosas sí cambian. En 1934 los enemigos [internos] de Alejandro habían sido casi derrotados ya. ...En el cuadro más amplio vemos que las relaciones franco-yugoslavas estaban más fuertes que nunca, y Barthou continuaba tejiendo una telaraña de alianzas que contendría la amenaza de violencia de aquellos Estados que no se conformaban con el estatus quo, el más poderoso de los cuales era Alemania. Marsella dio nuevas esperanzas a los revisionistas.³

Es decir que el asesinato en Marsella, combinado con las políticas de ‘apaciguamiento’ que ponían en marcha los dirigentes occidentales, y para las cuales Alejandro y Barthou habían sido unos tremendos estorbos, trajo consigo un desbaratamiento de la estructura de alianzas y compromisos que pudo haber contenido a Hitler. Eso encaminó el tren de la política europea a su destino bélico.

¿Y los asesinos en Marsella? Eran hampones de la Ustachá, terroristas yugoslavos, croatas, que en diciembre del año anterior habían fallado en un atentado contra el mismo Rey Alejandro, entonces de visita en la capital croata de Zagreb.⁴

La Ustachá

En los primeros años del siglo veinte los serbios habían liderado el movimiento por crear un Estado paneslavo del sur

(yugo – eslavo) que pudiera defenderse de los grandes imperios—austrohúngaro por un lado y turco otomano por el otro—, garantizando así la independencia de los pueblos eslavos de los Balcanes (CAPÍTULO 10). El Reino de los Serbios, Croatas, y Eslovenos, la primera encarnación de ‘Yugoslavia,’ creada después de la Primera Guerra Mundial, era la culminación de aquel sueño, reuniendo a serbios, croatas, macedonios, eslovenos, y dos grupos de mahometanos: musulmanes eslavos en Bosnia, y una curiosidad: albaneses (o *shqipëtares*) en Kosovo. Había también minorías húngaras y búlgaras. Este mosaico era gobernado desde la capital serbia de Belgrado.

Los croatas habían querido separarse de Austria y unirse a Serbia, pero una vez consumada la unión pareció no gustarles, y se sintieron de nuevo aprisionados, aunque gozaran ahora de más libertades políticas que nunca. El Partido Campesino Croata, que renegaba de la membrecía en el nuevo Estado yugoslavo, se volvió el más fuerte. Más radical todavía era el Partido Derechista Croata. Éste movilizaba la percepción paranoica de una lucha existencial, alegando que Croacia se había convertido en ‘tierra ocupada’ por un ‘imperio serbio’ que, según uno de sus ideólogos, “ ‘con inflexible contundencia trabaja para destruir la croacidad.’ ” Pronto “este nuevo movimiento” sería conocido por otro nombre: “resultó ser el movimiento Ustachá, liderado a partir de 1929 por Ante Pavelic. Las principales características de la ideología Ustachá eran la serbofobia, el anticomunismo, y su culto del Estado.”⁵

Y el catolicismo.

Como antes mencionamos (CAPÍTULO 10), la línea divisoria entre el catolicismo y el cristianismo ortodoxo

atraviesa los Balcanes. Las dos principales poblaciones de eslavos del sur, croatas y serbios, hablan prácticamente el mismo idioma, pero los divide la religión: los croatas son católicos y los serbios cristianos de rito ortodoxo. Dentro del muy católico Imperio Austrohúngaro, la Iglesia Católica croata se había sentido protegida por la monarquía dual; ahora, en un Estado eslavo con mayoría serbia ortodoxa, ya no. Sobre todo cuando algunos en el movimiento paneslavo preferían en Yugoslavia una Iglesia Católica *nacional*, separada de Roma, para que no respondiera a un poder extranjero (como tampoco lo hacía la Iglesia Ortodoxa serbia).

Como el catolicismo ultramontano (de fidelidad directa a Roma) era parte integral del ‘nacionalismo’ croata, “para los 1930s el movimiento político católico en Croacia fue expresando un apoyo creciente por la independencia croata. ...La mayoría, quizá la gran mayoría, querían una Gran Croacia Católica independiente y se oponían cada vez más a Yugoslavia, percibiéndola como anticatólica y anticroata. En la práctica, se irían uniendo con la Ustachá...” El muy público orgullo católico de los extremo derechistas croatas, aunado a sus denuncias del Estado yugoslavo, contribuyó a fomentar las sospechas ortodoxas. Percibiendo una oportunidad en las tendencias centrífugas de Yugoslavia, los estados vecinos deseosos de heredar sus pedazos comenzaron a apoyar grupos terroristas croatas. Buscando evitar la debacle, el Rey Alejandro estableció una dictadura (1929-34), abolió los partidos políticos, y también las organizaciones católicas.⁶ La dictadura de Alejandro logró moderar la política croata y dismantelar a las organizaciones más subversivas y violentas. Estaba ganando. La respuesta fue su asesinato.

Pero como ya vimos, las consecuencias del magnicidio de Alejandro no fueron nada más para Yugoslavia sino para Europa. *Para el mundo*. Alejandro—y también Barthou, asesinado en el mismo evento—eran ambos clave para la estructura de seguridad europea. Los asesinos de Alejandro y Barthou trabajaban para la Ustachá. ¿Pero quién jalaba los hilos de la Ustachá? *Benito Mussolini*, como veremos. Empero, como de costumbre, quienes vestían en público los vistosos uniformes fascistas no parecen haber sido los marionetistas más altos.

La estrategia italiana (¿y británica?)

“Durante muchos años,” escribe el historiador Bennett Kovrig, “dos organizaciones terroristas, la Ustachá croata y la IMRO macedonia, habían llevado a cabo una campaña de terror contra el régimen yugoslavo beneficiándose del apoyo oportunista de Italia.”⁷ *Il Duce*—como llamaban a Mussolini—se imaginaba a sí mismo un nuevo César y consideraba el Mar Adriático parte de su ‘esfera imperial’; por eso la unidad estatal de los eslavos balcánicos, controlando la mitad de la costa adriática y organizados en un país del tamaño de Italia, no le gustaba nada. Ante Pavelic, líder ustache, “[es] nuestro único peón sobre el tablero de ajedrez balcánico,” decía Mussolini, y para movilizar mejor a su peón brindaba albergue y entrenamiento en Italia a las tropas del terrorista croata.⁸ Una vez destruida Yugoslavia e instalados los terroristas en el poder, calculaba Mussolini, la Ustachá le entregaría la región de Dalmacia y mantendría a Croacia bajo influencia italiana.⁹ Esa era su jugada. Pero el líder italiano era a su vez pieza en un tablero más grande, y eran otros quienes lo deslizaban.

“El enlace del ministerio de relaciones exteriores italianas con la Ustachá, Paolo Cortese,” al día siguiente del asesinato en Marsella, “[dijo que] en Croacia estaba a punto de comenzar la acción, y que llevaría a la desintegración de Yugoslavia.” Pavelic planeaba infiltrarse en Yugoslavia y provocar una guerra civil luego del regicidio. En coordinación, los comentaristas de radio italianos anunciaban la disolución de aquel país mientras que tropas italianas se movilizaban en la frontera. Pero no dio resultado. Había divisiones internas entre los emigrados croatas basados en Italia, y no ayudó el asco general ante el magnicidio: hubo manifestaciones yugoslavas en contra de Italia inclusive en Sarajevo (Bosnia), Ljubljana (Eslovenia), y Zagreb (Croacia). Al no ver la desestabilización interna que esperaba, Mussolini no se animó a actuar.¹⁰



La prudencia de Mussolini lo salvó, pues no habría vencido a una Yugoslavia unida (como pronto demostraron sus desastres militares en Grecia). Pero otras cosas intervinieron también para salvarlo.

Yugoslavia contaba ahora con un *cassus belli* impecable para lanzarse contra Italia, cosa que no hizo debido al compromiso con la paz europea de su gobierno, el cual “se abstuvo de la menor provocación contra sus enemigos,” como apuntó Rebecca West.¹¹ También socorrió a Mussolini la enérgica diplomacia británica, brincando inmediatamente para prevenir una reacción yugoslava contra Italia. Querían evitar que Italia fuese siquiera acusada en público, y buscaron culpar a Hungría. “La información que el servicio secreto [británico] le dio a su ministerio de relaciones exteriores sugería que Italia tenía mucha más culpa que Hungría apoyando actividades terroristas contra Yugoslavia, pero los británicos querían absolver a Mussolini de cualquier complicidad.”¹² Otros importantes Estados europeos adoptaron la misma postura, y aquí siguió un increíble circo diplomático que resultó en una resolución de la Liga de las Naciones culpando, un poquito, a Hungría, y ‘calmando’ así la crisis.¹³

¿Cómo entender la intervención de Gran Bretaña a favor de Italia? El modelo geopolítico que defendemos en este libro no tiene el menor problema explicándolo. Lo primero es dejar claro cuán importante para las metas nazis era la alianza con Italia.

Como antes vimos, cuando Hitler se disponía a tomar Austria, se mordió las uñas hasta el último momento, preocupado de que Mussolini decidiera honrar su compromiso de proteger las fronteras austriacas, y fue con alivio histórico

que agradeció al dirigente italiano que se mantuviera al margen (CAPÍTULO 13). La alianza entre Italia y Alemania luego era crucial para la digestión alemana de Austria. Y el engullimiento de Austria a su vez crucial para el plan maestro de conquista hitleriana, pues todo debía comenzar ahí.

Todavía faltaba para eso: el *anschluss* con Austria sucedería en 1938, y el asesinato de Alejandro sucedió en 1934. Pero quien planea a futuro prepara el terreno. En 1934 la dirigencia británica impulsaba ya con todo brío el ‘apaciguamiento’ (CAPÍTULO 12), una política que, como argüimos aquí, era en realidad *pro nazi*, diseñada para fortalecer al Tercer Reich y darle enormes porciones de Europa sin que los nazis tuvieran que pelear por ellas (PARTE 4). Una guerra entre Yugoslavia e Italia en 1934 habría echado todo eso a perder, pues Yugoslavia, fortalecida en guerra victoriosa contra Italia habría sido un jaque geopolítico formidable para una Alemania cuyo rearme apenas comenzaba, y con Francia, habría cerrado la pinza en derredor de Hitler. Se habría estropeado la relación de fuerzas que se precisaba en el tablero para su ‘conquista.’

Para quien propone que los eugenistas en la dirigencia occidental eran quienes jalaban los hilos del ascenso nazi, no hay problema explicando la diplomacia británica, tan enérgica en defensa de Mussolini, pues la dirigencia británica debía velar por evitar que el régimen fascista italiano fuera derrotado en guerra por los yugoeslavos. El éxito de esa diplomacia logró que los costos del magnicidio en Marsella fueran para Yugoslavia, y para el sistema de seguridad colectiva europea que buscaba contener a Hitler.

Como antes vimos, los británicos estaban muy lejos de ser los únicos ‘apaciguadores’ (PARTE 4). La bala homicida que dio muerte a Barthou, según una investigación forense, de hecho no empata con el calibre del arma del terrorista croata, haciendo caer sospechas sobre los policías franceses que supuestamente protegían a los dignatarios.¹⁴ Había mucho fascista pro nazi en el ejército francés, y se estaban organizando para destruir la República (CAPÍTULO 17). Por lo cual es interesante que el remplazo de Barthou fuera Pierre Laval. Éste, escribe Kovrig (con suma delicadeza), “carecía de la claridad de visión y de la integridad de su predecesor.”¹⁵ Más francamente, Laval sería un tremendo desastre para los pueblos de Europa, pues apoyaba al pro nazi mariscal Phillipe Pétain, y sería después un importante colaborador con la ocupación nazi de Francia (CAPÍTULO 17).

Pávelic escapó la justicia y continuó entrenando a sus terroristas en Italia, esperando su momento.

Yugoslavia es rodeada

Hagamos un salto hacia delante. A partir del *anschluss* de 1938, la frontera norte de Yugoslavia con Austria fue con el expandido Tercer Reich. Todo el costado Adriático era en efectivo una frontera con Italia. Y desde el 7 de abril de 1939, a partir de que Mussolini invadiera Albania, también la frontera sur era italiana. La capitulación de Francia a los nazis en junio de 1940 (CAPÍTULO 17), y el consecuente colapso de sus garantías de seguridad en el Este, provocaron una serie de movimientos oportunistas que rebarajaron las alianzas, permitiendo a los alemanes continuar rodeando a los yugoeslavos por el noreste.

Mientras que los nazis hacían la finta de pelearse con los británicos (CAPÍTULO 17), Hungría otorgaba derechos de tránsito para las tropas de Hitler; Rumania—que había perdido mucho territorio a soviéticos y húngaros—se convertía en protectorado nazi; Bulgaria permanecía supuestamente ‘neutral’ pero simpatizando más con los nazis; y “Grecia retenía un balance difícil entre Alemania e Italia.”¹⁶

¿Qué quería Yugoslavia? “[Q]ue la dejaran en paz.”¹⁷ Eso no sucedería. El avance de las tropas alemanas hacia el Este tenía como objetivo posicionarlas para la invasión de la Unión Soviética, y los nazis no querían una Yugoslavia hostil o neutral en su retaguardia. Querían lidiar primero con ella antes de lanzarse contra la URSS.

Aquí, como en otras coyunturas, a Hitler su aliado italiano le salió caro. Un sinnúmero de detalles delatan la personalidad ridícula e infantil de Mussolini, pero en especial éste: cuando Hitler entró a Rumania sin consultarlo, decidió recuperar su ‘prestigio’ herido *invadiendo Grecia*, cosa que hizo el 28 de octubre de 1940 desde su posición en Albania. Los griegos lo repusaron, penetraron Albania, y pisotearon su ‘prestigio.’ Ahora Hitler tendría que rescatarlo. ¿Cómo?

Gran Bretaña, forzada a cumplir con su garantía a los griegos, que no habían sido derrotados, pusieron algunas tropas en aquel país. Acechaba la posible intervención de Turquía. Otra complicación: era preciso marchar las tropas que había estacionado Hitler en Rumania a través de Bulgaria, y eso no iba a gustarle a los soviéticos (con los cuales Hitler tenía todavía un acuerdo de no agresión que debía proteger hasta el último momento). Pero el rey búlgaro se inclinaba por los alemanes. En este tablero de ajedrez la pieza yugoslava

preocupaba mucho a Hitler, pues una alianza turco-greco-yugoslava le podría ser desastrosa. “Belgrado se había convertido en el pivote sobre el cual tornaría el triunfo o la derrota del Eje en Europa Suroriental,”¹⁸ y sin asegurar aquel flanco no podía invadirse Rusia.

Los Alemanes, empero, veían una situación propicia. En enero de 1941, “el General Halder resumió la situación así: ‘Rumania está de nuestro lado,’ mientras que ‘Hungría no presenta dificultades,’ Bulgaria permanece ‘muy cautelosa’ y ‘Yugoslavia deja todo abierto.’ ” Hitler trató primero de convencer a los yugoslavos de firmar el Pacto Tripartita que unía a Alemania, Japón, e Italia en alianza, a cambio de protegerlos de los italianos. Luego trató de convencer a los yugoslavos de firmar un pacto de no agresión. Al Príncipe Pablo de Yugoslavia lo tentaban estas ofertas, pues “había juzgado mal la opinión pública en Serbia, porque si bien los croatas eran pro alemanes, los serbios no lo eran.” Para febrero la ‘cautela’ de Bulgaria se había transformado en entusiasmo: el 17 de ese mes firmaba un pacto de no agresión con Turquía y el 1 de marzo formalizaba su vasallaje a los nazis uniéndose al Pacto Tripartita. Acto seguido, aparecieron tropas alemanas en la frontera búlgaro-yugoslava.¹⁹

Yugoslavia había sido rodeada.

Hitler hizo venir al Príncipe Pablo—quien titubeaba, pues se daba por fin cuenta de la oposición apasionada de los serbios—para insistirle que se uniera al Pacto Tripartita. El 22 de marzo el *führer* emitió un ultimátum: si Yugoslavia no se doblegaba para la medianoche del siguiente día, perdería su oportunidad.²⁰ Aunque “[Pablo] había sido urgido por todos los líderes políticos serbios a no abandonar la política de

neutralidad”; aunque “algunos de los jefes militares le pidieron lo mismo”; y aunque “la opinión [antinazi] del pueblo serbio no estuviera en duda,” el príncipe era un dictador autoritario que hacía lo que le daba la gana. Se doblegó ante Hitler y el 25 de marzo de 1941 añadió su firma al Pacto Tripartita.²¹

Hicieron falta nada más dos días para que los oficiales militares en Belgrado, con el apoyo del pueblo serbio, derrocaran al gobierno. Un planeador de aquel golpe lo recordó luego así:

En la mañana del 27 de marzo de 1941, en Belgrado, un golpe militar, llevado a cabo por los oficiales jóvenes, hizo a un lado este régimen de dictadura y traición. No se trataba de un putsch de aventureros ávidos de poder, o influenciados por intereses extranjeros. De acuerdo a lo acordado por los organizadores del plan, todos los líderes políticos fueron llamados al Ministerio de Guerra aquella mañana. Se les informó que el ejército le había puesto fin a la dictadura, que el pueblo había recobrado el poder sobre su destino, y que no hacía falta más que establecer aquel poder y ejercerlo en libertad. Nunca antes una revolución de soldados había sido inspirada por un espíritu más democrático.

El colapso del régimen del Príncipe Pablo se debió a que bajo ninguna circunstancia querían los serbios aliarse con Hitler y Mussolini contra Gran Bretaña... El cambio tuvo lugar sin derramamiento de sangre. En una guarnición de 30,000 hombres no se hizo un solo disparo. No podía encontrarse una sola persona que defendiera este régimen que inspiraba tal odio, contra varios miles de patriotas determinados a conquistar o morir en el intento. El regocijo del pueblo en ese día

doblemente glorioso aproximaba el delirio.—
Knejevitch (1951:40)

Más allá del coraje de los serbios en enfrentarse a Hitler (aunque estuvieran completamente rodeados), y más allá de haber restaurado la democracia yugoslava, el golpe fue una contribución importante a la derrota del Eje. No se sintió inmediatamente, cierto. Pero la rebelión serbia forzó la invasión nazi de Yugoslavia, y eso retrasó Operación Barbarroja: la invasión de la Unión Soviética. ¿La consecuencia? Los nazis fueron atrapados por el duro invierno ruso y derrotados en el frente oriental. Es posible defender que la guerra mundial se decidió en Yugoslavia.

En 1946, DeWitt C. Poole escribió lo siguiente en *Foreign Affairs*:

“Los alemanes con quienes hablamos recalcaron que los eventos en Yugoslavia habían contribuido decisivamente a la derrota alemana... El golpe de Estado en Yugoslavia, y la consecuente necesidad de conquistar aquel país, demoró la campaña alemana en el Este hasta el 22 de junio. Karl Ritter, quien representó un tiempo al *Foreign Office* con el Estado Mayor, nos dijo muy serio que la demora le costó a los alemanes la batalla invernal ante Moscú, y que ahí se había perdido la guerra.”—citado en Knejevitch (1951:41)

Los crímenes de la Ustachá

Si bien los serbios deliraron de emoción con el golpe que derrocó a un gobierno dictador y pro nazi en Yugoslavia, las otras poblaciones de aquel país se emocionaron más bien con la

invasión alemana. “El 7 de abril de 1941, mientras que los poderes del Eje invadían Yugoslavia, Ante Pavelic, el conocido terrorista croata, emitía desde Italia un llamado a los croatas a escindir de los serbios y apoyar a Alemania e Italia.”²² Muchos respondieron positivamente al llamado, incluso soldados croatas de las fuerzas armadas yugoslavas. Esto contribuyó decisivamente a una derrota veloz de los yugoeslavos. Hitler tenía un sistema de imponer a sus títeres en los países que invadía o controlaba. ¿Quién gobernaría Croacia para los invasores?

Parecía que el Partido Campesino Croata podría jugar ese papel. Por años “se había rehusado a reconocer el Estado yugoslavo y a participar en su gobierno” luego de que Radic, fundador del partido, fuera asesinado por un serbio.²³ En 1939 el gobierno del Príncipe Pablo, sintiendo que la situación geopolítica lo dejaba sin opciones, había buscado apaciguar a esta fuerza, consintiendo el 23 de agosto en hacer de Croacia ‘provincia autónoma’ si Vladko Macek, líder del Partido Campesino, a cambio reconocía el gobierno de Belgrado.²⁴ A partir del acuerdo, la rama extremo derechista del Partido Campesino había aprovechado el poder compartido para imponer sendas leyes antijudías, agradando a los nazis. Puede verse por qué, luego de conquistar Yugoslavia, los nazis buscaron instalar a Macek en el poder. Lo preferían a los ustaches porque aquellos eran protegidos *de Mussolini*. Pero Macek no consintió en ser títere alemán. Sin otra opción, los nazis permitieron que los ustaches heredaran el gobierno del recién creado ‘Estado Independiente de Croacia.’²⁵

Ese ‘Estado Independiente de Croacia’ era una perfecta inversión orwelliana. No era un *Estado*, pues no lo había

reconocido nadie. No era *independiente*, pues los italianos ocupaban una parte, los alemanes otra, y entre los dos determinaban su política. Y tampoco era *de Croacia*, pues “incluía Croacia, Eslovenia, Bosnia, Herzegovina, y gran parte de Dalmacia.”²⁶ De hecho, “incluía muchas áreas de mayoría serbia, en Bosnia, Herzegovina, Srem, y Krajina,” y “[nada más] los serbios eran como un tercio de los seis millones de habitantes del nuevo Estado.” Había también muchos eslovenos y eslavos musulmanes (estos últimos en Bosnia).²⁷

Los eslovenos y los musulmanes tendían a ser pro alemanes, y al igual que los croatas se aliaron en masa con la Ustachá. Pero los serbios eran otra cosa. Así que el liderazgo croata se propuso “organizar una solución final al ‘Problema Serbio,’ en las áreas bajo su control, por medio de grandes matanzas, conversión [forzada] al catolicismo, o expulsión.”²⁸ Se habla de medio millón de serbios asesinados, otras veces de 750,000. Sin duda fueron más.

Las masacres

Srdjan Trifkovic comenta que “los ‘fascismos nativos’ de Europa Central típicamente se basaban en el antagonismo extremo hacia un grupo extranjero, sobre todo ‘los judíos.’ ... La variedad ustache, sin embargo, postulaba el concepto demonizado del serbio, y no del judío, como el factor determinante de la identidad croata. El antisemitismo del ustache era ‘importado,’ mientras que su serbofobia era ‘autóctona.’ ”²⁹ Me parece que Trifkovic exagera: el Partido Campesino Croata, *menos radical que la Ustachá*, había aprobado sendas leyes antisemitas (arriba). Y la persecución antijudía de la Ustachá no fue menos brutal que la antiserbia.

Pero sin duda tiene razón Trifkovic que la ideología ustache se definía más por la serbofobia que por el antisemitismo.

...[L]a campaña de terror y exterminio llevada a cabo por los ustaches en Croacia contra dos millones de serbios ortodoxos y un número menor de judíos, gitanos, y comunistas entre 1941 y 1945 fue una auténtica campaña de 'limpieza étnica'..., un intento de crear una Croacia católica 'pura'... *Tan terribles fueron los actos de tortura y asesinato que hasta las encallecidas tropas alemanas expresaron su horror.* ...[L]a acometida de Pavelic contra los serbios ortodoxos sigue siendo una de las masacres más horribles registradas por la historia.—Cornwell (2000:279; énfasis mío)

Para el 25 de abril de 1941 ya se habían decretado leyes en contra del alfabeto cirílico, utilizado por los serbios. En mayo se aprobaron leyes antisemitas y comenzaron a deportar a algunos judíos a un campo de concentración. En junio se cerraron las escuelas primarias y jardines de niños serbios. Ante la persecución, algunos serbios buscaron convertirse al catolicismo. Sin embargo, para que las élites no pudieran influir y “dañar el prestigio del catolicismo,” el 14 de julio de 1941 el ministerio croata de justicia dijo que no se aceptarían conversiones de miembros de las elites intelectuales, comerciales, y religiosas serbias. El destino de quienes tenían vetada la opción de la conversión sería el exterminio, pero en ocasiones lo fue aun para los conversos: “en las enloquecidas matanzas que se anunciaban, ni siquiera el bautismo católico aseguraba la inmunidad.”³⁰

Arriba John Cornwell afirma que incluso “las encallecidas tropas alemanas expresaron su horror” ante las

bestialidades de los terroristas croatas. Trifkovic le hace eco cuando escribe que “la mayoría de las autoridades alemanas en los Balcanes se horrorizaban con las masacres de serbios de la Ustachá,” pero aclara con cierto cuidado que a los alemanes “les preocupaba menos el aspecto moral de la campaña antiserbia de Pavelic y más el daño a la paz y estabilidad en un área que no tenía muchas fuerzas alemanas.”³¹ Es importante la aclaración de Trifkovic porque sabemos que los nazis eran buenos para asesinar millones de personas sin mucho pestañear, por lo cual resultaría una apología grotesca sugerir que se ofendían con las matanzas de Pavelic. Lo que pasaba es que desde el punto de vista nazi, como explica Cornwell, “Pavelic... no era exactamente una réplica de Himmler o Heydrich, cuya aptitud y sangre fría para la planificación burocrática del asesinato sistemático en masa no compartía.” Si los nazis se inquietaban de ver que “los ustaches se lanza[ban] a la masacre con una barbarie tan cruel e indiscriminada”—una carnicería tan espeluznante—“que es difícil encontrar paralelos en la historia,” la razón de su preocupación no era el sufrimiento de los ‘infrahumanos’ sino el *desorden político* que causaban los métodos de la Ustachá.³²

Y es que los nazis alemanes habían heredado el fanatismo prusiano del ‘orden.’ Aunque hay hartos ejemplos de tortura al estilo ustache en la órbita alemana, los nazis terminaron por favorecer que se organizara con cuidado y eficiencia el transporte de cargamento humano hasta los campos de muerte, engañando lo mejor posible a sus víctimas, y gaseando luego de forma industrial a las multitudes. Los ustaches y sus multitudinarios seguidores croatas y musulmanes, por contraste, eran menos ordenados, y no

perdieron nunca el entusiasmo por darse baños *literales* en la sangre de sus víctimas. “En el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores italiano se guarda registro fotográfico de algunas de estas atrocidades: mujeres con los pechos cortados, ojos reventados, genitales mutilados..., así como de los instrumentos de la carnicería: cuchillos, hachas, ganchos de colgar carne...”³³

Aquí un par de ejemplos ilustrativos (los cuales deben multiplicarse en la mente para concebir las dimensiones del crimen):

El 28 de abril, una banda de ustaches atacó seis aldeas del distrito de Bjelovar y detuvo a 250 hombres, incluidos un maestro de escuela y un sacerdote ortodoxo. Las víctimas fueron obligadas a cavar una zanja y después fueron atadas con alambres y enterradas vivas. Pocos días más tarde, en un lugar llamado Otocac, los ustaches hicieron prisioneros a 331 serbios, entre quienes se encontraban el sacerdote ortodoxo del pueblo y su hijo. Las víctimas fueron de nuevo obligadas a cavar sus propias fosas antes de ser despedazados con hachas. Los asaltantes dejaron al sacerdote y a su hijo para el final. Aquél fue obligado a rezar las oraciones por los moribundos mientras cortaban en trozos a su hijo. Luego torturaron al sacerdote, arrancándole el pelo y la barba y reventándole los ojos. Finalmente lo despellejaron vivo.

El 14 de mayo, en un lugar llamado Glina, cientos de serbios fueron conducidos a una iglesia [católica] para presenciar una ceremonia de acción de gracias por la constitución de la NDH [el ‘Estado Independiente de Croacia’]. Una vez dentro de la iglesia, entró en ella

una banda de ustaches con hachas y cuchillos. Pidieron a todos los presentes que mostraran sus certificados de conversión al catolicismo. Sólo dos de ellos tenían allí esos documentos y les permitieron salir; entonces cerraron las puertas y asesinaron al resto.—Cornwell (2000:282)

Cuatro días después de la masacre en la iglesia de Glina, Pávelic—el *poglavnik* o *führer* croata—viajó a Roma para firmar un acuerdo con Mussolini sobre Dalmacia y se entrevistó con el Papa Pío XII, Eugenio Pacelli. Gracias a la “devota” audiencia de Pavelic con el papa, y de la bendición pontificia para el *poglavnik*, “el Estado Independiente de Croacia recibió... el reconocimiento *de facto* de la Santa Sede.” Resulta escalofriante pero “Pacelli... no dejó nunca de mostrarse benevolente con los líderes y representantes del régimen de Pavelic.”³⁴

La responsabilidad de la Iglesia

Para evaluar la responsabilidad del Papa Pío XII y los altos oficiales del Vaticano, más la responsabilidad local de la Iglesia croata, hay varias cuestiones a considerar. La primera es la más obvia: ¿Qué sabía el Vaticano sobre lo que sucedía en Croacia?

Lo que sabía el papa

El tema no era remoto al Vaticano pues los ustaches habían sido protegidos de Mussolini, entrenando sus tropas en Italia. Y los eventos de Croacia no eran un secreto, pues se reportaban abiertamente, por ejemplo, en “las emisiones cotidianas de la

BBC, que eran fielmente seguidas y traducidas para [Pacelli] durante toda la guerra por [Francis D'Arcy] Osborne,” el embajador británico en el Vaticano.³⁵

Hubo frecuentes emisiones de la BBC sobre la situación en Croacia, de las que entresacamos como ejemplo la del 16 de febrero de 1942: “Se están cometiendo las peores atrocidades en los alrededores del arzobispado de Zagreb. Por las calles corren ríos de sangre. Los ortodoxos están siendo convertidos por la fuerza al catolicismo, y no oímos la voz del arzobispo [Alojzije Stepinac] oponiéndose. Se informa que por el contrario participa en los desfiles nazis y fascistas.”—Cornwell (2000:286-87)

El delegado apostólico de Eugenio Pacelli, Marcone, de hecho

iba y venía de Zagreb a Roma cuando quería, y se pusieron a su disposición aviones militares para viajar a la nueva Croacia. Los obispos, algunos de los cuales se sentaban en el Parlamento croata, se comunicaban mientras libremente con el Vaticano, y podían hacer regularmente sus visitas *ad limina* a Roma. Durante estas visitas, el pontífice y los miembros de la *curia* podían preguntar acerca de las condiciones de vida en Croacia, y con seguridad lo hicieron.—Cornwell (200:286)

Cornwell menciona otros canales. “Desde un comienzo, los actos públicos y las declaraciones acerca de la limpieza étnica, así como los programas antisemitas, eran del conocimiento del episcopado católico y de la Acción Católica, asociación laica tan vigorosamente promovida por Pacelli cuando era nuncio papal en Alemania y como cardenal secretario de Estado.” Y “se sabía desde el principio que [Ante]

Pavelic era un dictador totalitario, un títere de Hitler y Mussolini, que había hecho aprobar una serie de leyes racistas y antisemitas, y que promovía la conversión forzada al catolicismo.” No solo eso: “detalles de la masacre de los serbios y de la virtual eliminación de los judíos y gitanos estuvieron desde un comienzo a disposición del clero católico croata y de su episcopado.” Si lo anterior fuera poco, hay documentación de que el cardenal Eugene Tisserant, “experto eslavófilo y ahora hombre de confianza confidente de Pacelli” le expresó a Nicola Rusinovic, “representante de la parte croata en el Vaticano,” que estaba al tanto de las atrocidades.³⁶

John Cornwell concluye que “Pacelli estaba mejor informado de la situación en Croacia que de cualquier otra región de Europa.”³⁷ Sobre esto no parece haber controversia. Michael Phayer es un apologista del Vaticano que se ofende de ver que Cornwell considere a Pío XII antisemita (su réplica es que “judíos y gentiles que tuvieron audiencias con el papa recordaron su personalidad cálida, y los documentos registran que en varias ocasiones lloró abiertamente.”)³⁸ Pero “Phayer recientemente ha confirmado que el Vaticano conocía detalladamente las atrocidades de la Ustachá.”³⁹

¿Por qué no denunció Pacelli esas atrocidades?

Hemos visto ya con cierto detalle la política pro nazi de Pacelli, tan enérgica que sacrificó a los católicos alemanes a favor de Hitler (CAPÍTULO 11). En el caso de los ‘nacionalistas’ croatas no había que escoger entre católicos y nazis, porque a diferencia de los católicos alemanes en general no ofrecieron resistencia al nazismo—al contrario—. Pacelli, por su parte, “había apoyado calurosamente el nacionalismo croata,” y celebró a sus militantes como “‘las avanzadillas de la

cristiandad’ ” cuando estaban todavía a su lado, en exilio italiano (comenta Cornwell: “Es como si los serbios, ortodoxos escindidos de Roma, no tuvieran derecho a considerarse cristianos”). Y a unos ‘nacionalistas’ croatas que peregrinaron a verlo en la preguerra, el papa les prometió “ ‘un futuro en el que las relaciones Iglesia-Estado en su país se regularán armoniosamente en ventaja de ambos.’ ”⁴⁰

Aquella peregrinación la había encabezado nada menos que el arzobispo de Zagreb, Alojzije (Aloysius) Stepinac. ¿Cuál era su ideología?

El arzobispo de Zagreb

La documentación sobre la actitud del ARzobispo Stepinac hacia el régimen Ustachá de Ante Pavelic es abrumadora, por lo cual repasaremos aquí tan solo los puntos más importantes.

Ya declarado el nuevo ‘Estado Independiente de Croacia,’ “el primero en felicitar a [Slavko] Kvaternik,” el comandante supremo de las fuerzas armadas croatas, “fue el arzobispo de Zagreb, Alojzije Stepinac, y cuando [Ante] Pavelic regresó a Zagreb, [Stepinac] nuevamente fue el primero en felicitarlo y conferirle su ‘bendición cristiana.’ ”⁴¹ John Cornwell comenta que “Stepinac... estuvo desde un comienzo completamente de acuerdo con los objetivos generales del nuevo Estado croata... [L]lamó personalmente a Pavelic el 16 de abril de 1941 y le escuchó decir que ‘no mostraría tolerancia hacia la Iglesia Ortodoxa serbia, porque en su opinión no se trataba de una Iglesia sino de una organización política,’ como lo anotó el propio Stepinac en su diario, donde apuntó además que, a su manera de ver, ‘el

poglavnik [Ante Pavelic] era un católico sincero.’ ” Aquella misma noche Stepinac invitó a Pavelic y a otros dirigentes de la Ustachá para celebrar con una cena que hubiesen regresado del exilio a tomar el poder. Diez días más tarde, cuando 250 serbios fueron masacrados en Bjelovar, “se leyó desde los púlpitos católicos una carta pastoral de Stepinac llamando al clero y a los fieles a colaborar con los esfuerzos del líder máximo.”⁴²

Las comunicaciones privadas del arzobispo son consistentes con sus comportamientos públicos. “Stepinac le escribió una larga carta a Pavelic acerca de la cuestión de las conversiones y las masacres... Cita las opiniones de sus hermanos obispos, todas ellas favorables...” ¿Por qué estaban a favor de Pavelic los obispos croatas? Porque desde tiempo ha querían acabar con el cristianismo ortodoxo. Stepinac cita al obispo católico de Miscic celebrando la oportunidad de ‘salvar almas.’ Ésta era también la opinión de Stepinac, quien “comenta entusiasta las conversiones en masa”—aunque supiera que habían sido forzadas—. Sobre las masacres criticó nada más que se asesinara también a los conversos al catolicismo.⁴³

El Obispo de Miscic, citado en la carta que Stepinac envió a Pavelic,

señala algunas matanzas conocidas de madres, chicas, y niños menores de ocho años, que llevan a las montañas “y arrojan vivos... a profundas simas.” Luego hace esta sorprendente manifestación: “En la parroquia de Klepca, setecientos cismáticos [cristianos ortodoxos] de las aldeas fueron asesinados. El subprefecto de Mostar, señor Bajic, musulmán, declaró públicamente (como empleado del Estado

debería refrenar su lengua) que sólo en Ljubina, setecientos cismáticos habían sido arrojados a un foso.”—Cornwell (2000:285-86).

Quizá parezca curioso que el programa *católico* de exterminio y conversión forzada de serbios se sirviera de *musulmanes*, como vemos arriba. Pero aquí hay un patrón: la ‘cruzada’ de Francisco Franco en España igualmente se sirvió de miles de moros (CAPÍTULO 19). Regresaremos al punto.

De momento, consideremos lo que las expresiones de los obispos revelan sobre su ideología. El comentario parentético sobre aquel oficial musulmán—“(como empleado del Estado debiera refrenar su lengua)”—delata y desnuda al Obispo de Miscic, y al arzobispo que lo cita, porque sugiere que no les preocupaba tanto que aquellos crímenes sucedieran *como que no se conocieran*. “[Stepinac] termina su carta, como la comenzó, exonerando a Pavelic de cualquier responsabilidad en los crímenes que se habían cometido.”⁴⁴

Ahora bien, naturalmente que Stepinac, como Pacelli, tiene sus defensores, empezando por Fiorello Cavalli y Richard Pattee en los 1940s y 50s. Sobre Pattee, Hubert Butler, el primer traductor de la carta de Stepinac antes mencionada, se quejó así:

...Richard Pattee publicó en Estados Unidos un libro extenso en defensa de Stepinac, y entre sus documentos aparece al fin la larga carta [de Stepinac a Pavelic]. Pero me parece que mi traducción es la más correcta de las dos. Al Sr. Pattee le ha parecido mejor omitir, aquí y allá, una que otra oración. Deja fuera, por ejemplo, los cálculos del Monseñor Miscic sobre el número de conversos requeridos en Bosnia y Herzegovina. Y nuevamente, cuando sea que

aparezca la palabra “conversión” en el texto el Sr. Pattee la traduce como “conversión legítima,” añadiendo así un calificativo que no puedo encontrar en el original. Igualmente desaparece la descripción admiradora que hace Stepinac del obispo de Banja Luka, ‘ese viejo guerrero croata,’ quizá porque el Sr. Pattee no desea que sus lectores infieran que los obispos eran separatistas croatas tratando de congraciarse con Pavelic.—Butler (2001[1956]:19)

Richard Pattee se permitió interpretar las conversiones forzadas como el *retorno* de anteriores católicos a una Iglesia que supuestamente, por razones políticas, se habían visto forzados a abandonar. Sobre esto Hubert Butler comenta: “El público estadounidense estaba tan mal informado que era posible decirle casi cualquier cosa.”⁴⁵ ¿Está mejor informado hoy?

A los esfuerzos apologistas de Cavalli y Pattee se suman, en las últimas décadas, los de Stella Alexander y Michael Phayer. Estos cuatro académicos son los cuatro contrafuertes para sostener orwellianismos como éste: “La jerarquía católica le dio la bienvenida al nuevo Estado croata en 1941, *aunque nunca apoyó activamente sus políticas y luego se distanció de ellas*” (énfasis mío).⁴⁶ Lo escribe Mark Biondich, apoyándose en la arriba mencionada Stella Alexander, sin sugerir siquiera que pudiese haber una controversia.

El arsenal principal de Alexander y los otros apologistas es una colección de cartas y sermones del arzobispo Stepinac que se interpretan como expresando una crítica al régimen de la Ustachá. Algunos de estos documentos ya se conocían. El archivo completo—recientemente

desclasificado por la inteligencia estadounidense—contiene otros adicionales, más las opiniones del traductor, Monseñor Agustín Juretic (un sacerdote croata que informaba a la OSS, la así llamada ‘precursora’ de la CIA). En un artículo reciente el historiador Norman Goda se apoya en esta evidencia para afirmar que “es difícil situar a los altos clérigos del catolicismo en categorías morales fáciles”—o sea, que no está claro si debiéramos condenar sin ambages a Stepinac—. ⁴⁷

Lo menos que puede decirse del archivo que suscita estas opiniones es que su contenido fue escogido con cuidado. El compilador, Juretic, viajó a Suiza durante la guerra a instancias de Stepinac y desde ahí envió aquel material a los Aliados—“ ‘con el propósito único,’ ” según el propio Juretic, de limpiar el nombre de Stepinac—. Goda reconoce que a Stepinac le preocupaba cómo lo criticaban en el extranjero y escribe: “es difícil imaginar que los textos enteros de los sermones de Stepinac y su correspondencia privada con el Ministerio del Interior Andrejka Artukovic, entre otros, llegaran a Juretic sin la aprobación del propio arzobispo.” ⁴⁸ Pues sí. Todo esto sucedió porque Stepinac podía ver que los Aliados ganarían la guerra y quería estar a salvo de un juicio.

Artukovic, el destinatario de las cartas de Stepinac contenidas en el archivo, fue el máximo policía del Estado totalitario de la Ustachá. Fue, junto con Ante Pavelic, el Hitler, el Eichmann, y el Himmler del ‘Estado Independiente de Croacia,’ “dedicado al exterminio no sólo de judíos sino de los cristianos ortodoxos [serbios].” Artukovic “fue miembro del gobierno que en la primavera de 1941 aprobó leyes para expulsarlos de Zagreb, confiscar su propiedad, *e imponer la pena de muerte a quienes los protegieran*” (énfasis mío). Bajo

su mando “se establecieron unos veinte campos de concentración donde fueron exterminados.” ⁴⁹

Contrario a lo que pudiera esperarse de un archivo que supuestamente apoya una defensa de Stepinac, los documentos que compiló Juretic no revelan una gran pasión del arzobispo contra la Ustachá. El propio Goda confiesa que “Stepinac, claro está, no se arriesgó ni religiosa ni políticamente en sus sermones—habló de los crímenes de la Ustachá en los términos más vagos y comunicó sus desacuerdos públicamente dentro del contexto de las Sagradas Escrituras—.” Pero dado que los documentos se expresan “en los términos más vagos,” ¿qué razón habría tenido un feligrés croata, durante la guerra, para interpretarlos como lo hace Goda, y como hubieran querido Stepinac y Juretic en su esfuerzo apologista: como denuncias de la Ustachá? Después de todo, como reconoce Goda, “Stepinac... fungió como vicario militar del régimen Ustachá,” y en público alababa y celebraba a los líderes. ⁵⁰

El archivo presuntamente exculpatorio contiene cartas de Stepinac a los líderes de la Ustachá exigiendo que no fueran lastimados los judíos casados con ‘arios,’ porque el Estado no tenía autoridad para disolver lo que había unido la Iglesia. Pero Goda menciona que “el propio Pavelic y el Comandante de las Fuerzas Armadas Slavko Kvaternik estaban casados con mitad-judías, y otros altos oficiales croatas estaban casados con judías.” ⁵¹ A menos que olvidemos que la Ustachá estaba *asesinando* inocentes, resulta grotesco interpretar estas cartas como expresando una oposición de Stepinac a los crímenes de la organización, pues implicaría que el sacramento del matrimonio es inviolable mientras que el “no matarás” se negocia. La interpretación más razonable de esa carta es que el

arzobispo Stepinac brindaba coartada a los líderes ustaches—cuyo catolicismo era orgulloso y oficial—para no enviar a sus esposas de ascendencia judía a los campos de muerte. Quizá ellos mismos solicitaran la carta. En el archivo no hay un solo documento que proteste la persecución antijudía—o antiserbia—como tal.

Los datos más reveladores aquí son quizá sobre Juretic, el defensor designado de Stepinac. Hubert Butler menciona que en 1941 Stepinac nombró a Juretic a la Comisión de Cinco para la Conversión de los Ortodoxos. Estamos hablando de conversiones forzadas. Juretic tampoco se oponía al exterminio, pues después de la guerra él mismo asistió *al verdugo supremo Artukovic* a escapar la justicia.⁵² ¿Hemos de creer que Stepinac, si realmente se oponía a la Ustachá, pudiera escoger a *Juretic* para defenderlo ante los aliados?

Lo incómoda, difícil, y débil que resulta la defensa de Stepinac subraya la solidez del caso en su contra. Inclusive sus apologistas terminan condenándolo. Michael Phayer concluye que Stepinac no se opuso como debía a las matanzas de la Ustachá porque “la Santa Sede y Stepinac querían ver el éxito de un Estado católico en Croacia.”⁵³ Vaya defensa.

Ojo: Estamos hablando de Stepinac no porque fuera único en el episcopado croata, sino porque es el ejemplo más importante. Si se quieren otros ejemplos no presenta problema alguno encontrarlos. Ahí está el *Katolicki Tjednik* (Semanao Católico) que en la navidad de 1941 publicó “la oda de veintiséis versos del Arzobispo Sharic elogiando a Pavelic por sus medidas contra serbios y judíos.”⁵⁴

El bajo clero

Para evaluar en su totalidad la responsabilidad eclesiástica hay que mencionar también el comportamiento del bajo clero en el contexto de la obediencia total a la cual estaba sometido.

Recordemos que Eugenio Pacelli fue el arquitecto del absolutismo y totalitarismo pontificio moderno (CAPÍTULO 10), y que no sucedía ya prácticamente nada en la Iglesia que no fuera autorizado por el papa. Aquello se demostró cuando Pacelli, entonces cardenal Secretario de Estado, hizo venir a Roma al arzobispo Innitzer de Viena por haber felicitado a Hitler luego del *anschluss* con Austria. Pacelli no se oponía al *anschluss*, pero Innitzer no había consultado a Pacelli antes de producir aquel acto dramático de política exterior, y por eso lo habían metido en cintura (CAPÍTULO 11). ¿Qué significa? Que si el arzobispo de Zagreb hubiera estado igualmente actuando sin autorización del Vaticano cuando felicitó y bendijo a los ustaches luego de que tomaran el poder, habría sido igualmente regañado por Pacelli, ahora convertido en el Papa Absoluto Pío XII. Pero Pacelli no lo regañó. Por lo tanto, en el contexto de aquella correa tan corta y tirante que usaba Pacelli para jalonear a su estructura sacerdotal, las muy públicas simpatías del episcopado croata hacia la Ustachá ponen de manifiesto la ideología vaticana.

La misma autoridad absoluta que no se utilizó para refrenar a Stepinac tampoco disciplinó al bajo clero croata, pues “los clérigos católicos,” escribe Cornwell, “de hecho asumieron a veces un papel dirigente en esas atrocidades.”⁵⁵

Sacerdotes, siempre franciscanos, participaron activamente en las masacres. Muchos de ellos se

paseaban armados y llevaban a cabo con extraordinario celo sus acciones asesinas. Un cierto padre Bozidar Bralow, conocido por la metralleta que le acompañaba permanentemente, fue acusado de bailar en torno a los cuerpos de 180 serbios masacrados en Alipasin-Most. Otros franciscanos mataron, prendieron fuego a casas, saquearon pueblos, y arrasaron los campos bosnios [de campesinos serbios] a la cabeza de bandas ustaches. En septiembre de 1941, un periodista italiano escribía que había visto al sur de Banja Luka a un franciscano arengando a una banda de ustaches con su crucifijo.—Cornwell (2000:284)

Más de un lector querrá cerciorarse de que leyó correctamente. “El papel líder en las masacres de serbios ortodoxos” comenta el historiador Milan Bulajic, lo jugaron “sacerdotes, franciscanos especialmente.” Apunta que “se le informaba al Vaticano sobre esto a través de la Congregación de la Iglesia del Este.”⁵⁶ Hubert Butler concurre que la jerarquía eclesiástica en Roma estaba bien informada.⁵⁷

Butler resume otros datos: “un franciscano había sido comandante de Jasenovac, el peor y más grande de los campos de concentración para serbios y judíos (él personalmente había participado en los asesinatos...).” Un monasterio franciscano (donde se había formado Artukovic, nada menos) era el punto central para conversiones forzadas y masacres. El padre superior de otro monasterio franciscano fue decorado por Pavelic en reconocimiento de sus actividades ‘militares.’⁵⁸ Etc.

Cuentan que el fundador de la orden franciscana rezaba así: “¡Señor, hazme un instrumento de tu paz! Donde haya odio, ponga amor.” Muchos de sus seguidores no lo

escucharon. Junto con la orden dominica, los franciscanos fueron responsables en el Medioevo de organizar grandes matanzas de judíos, entre otras formas de opresión (CAPÍTULO 4). Ahora continuaban esa vieja tradición en Croacia. Todo ello recuerda lo sucedido en España, donde multitudes de sacerdotes católicos no sólo se aliaron pública y oficialmente con el régimen franquista sino que participaron activamente en sus matanzas (CAPÍTULO 19).

Dado que una institución revela sus valores especialmente en lo que castiga, es instructivo evaluar las consecuencias para sacerdotes cuya ética los llevó a denunciar los crímenes ante las autoridades eclesiásticas. Tristemente, como en otras épocas, su consciencia—en conflicto con la ideología de su propia jerarquía—les procuró un difícil destino.

Un grupo de sacerdotes católicos eslovenos, exiliados por los nazis alemanes del Estado Independiente de Croacia, fueron arrestados por los ustaches y enviados al campo de Jasenovac porque se rehusaron a officiar una misa de gracias (*Te Deum*) por el líder de la Ustachá Ante Pávelic. El Arzobispo Stepinac fue informado del arresto de estos sacerdotes católicos eslovenos y de su traslado a Jasenovac. El *Kaptol* de Zagreb (la sede del arzobispo de Croacia) se rehusó a discutir el asunto, y consideraba que todos aquellos quienes se opusieran a Hitler y a Pávelic—hombres “que luchaban por la Cruz”—serían considerados criminales.

Uno de los sacerdotes eslovenos que fueron encarcelados, Anton Rantasa, logró escapar el infierno de Jasenovac. El 10 de noviembre de 1942 le informó al *Kaptol* y al legado apostólico, Marconi, sobre el destino de sus colegas y sobre los crímenes

que se perpetraban en Jasenovac. ¡Le dijeron que callara! Su testimonio, escrito en 1950, ha sido preservado.—Bulajic (2002:36-37)

El contexto Europeo

El comportamiento de la Iglesia en Yugoslavia es consistente con las actividades del liderazgo católico en otras partes de Europa. Ya mencionamos el caso de España, pero esto va más allá de las penínsulas ibérica y balcánica.

Había, por citar un ejemplo importante, una organización católica de extrema derecha llamada *Intermarium*. Christopher Simpson escribe que “el *Abwehr* (la inteligencia militar alemana) utilizó contactos de *Intermarium* como ‘agentes de influencia’ en el extranjero en la preguerra, y también como fuentes de información relativamente confiable sobre las grandes poblaciones de emigrados en Europa,” de las cuales los nazis reclutarían a sus colaboradores para el ataque en el Este. “Varios líderes de *Intermarium* colaboraron activamente con los nazis,” y “para cuando los nazis marcharon sobre el continente, *Intermarium* se había convertido, como lo dice un reporte de la inteligencia militar estadounidense, en ‘un instrumento de la inteligencia alemana.’”⁵⁹

De acuerdo a documentos desclasificados en Estados Unidos, *Intermarium*—significa ‘entre los mares’—data de los 1930s. Se representaba como un frente anticomunista que reuniría a las naciones “desde el Báltico hasta el Egeo” en contra de la URSS. Simpson explica que “*Intermarium* iba a ser el nombre, también, de una nueva federación católica unificada de todos los países bordeando Rusia—un nuevo Sacro Imperio Romano, en efecto—que sería creado para

acelerar el destronamiento de la URSS.”⁶⁰ Como veremos más tarde, los líderes de *Intermarium*, con el conocimiento de Pío XII y la asistencia de las instituciones de la Iglesia, se especializaron después de la guerra en brindar salvoconducto a criminales de guerra nazi.

El contraste con los fascistas italianos

Es instructivo el contraste con los oficiales del ejército de Mussolini, pues a diferencia de la jerarquía eclesiástica ellos sí se opusieron a las masacres de la Ustachá. Este dato redondea el contexto.

John Cornwell comenta que “la extensa investigación y evaluación de Jonathan Steinberg de la reticencia italiana a implicarse en la deportación y el exterminio” sugiere que se trataba de un verdadero horror ante la Ustachá. Cita a Steinberg diciendo que los italianos “no se resignaban a contemplar de brazos cruzados cómo los carniceros croatas despedaban a hombres, mujeres, y niños serbios y judíos” y que “se apoyaban en ciertas ideas acerca de lo que significaba ser italiano.”⁶¹ Srdjan Trifkovic escribe que, de hecho, “los ustaches fueron expelidos de la zona que controlaban los italianos, zona que fue progresivamente extendida, y se buscó un *modus vivendi* con la población serbia.”⁶² Este historiador está de acuerdo que se trataba de “un arraigado sentido de lo que es decente y apropiado, manifestado perfectamente en los esfuerzos de los italianos de salvar [también] a los judíos en su zona.” En su opinión se trataba en parte del “legado del *Risorgimento*,” el movimiento revolucionario italiano inspirado por la Revolución Francesa, con sus “connotaciones liberales y nacionalistas” (CAPÍTULO 9).⁶³

Es un comentario fuerte que los oficiales militares y tropas de un poder fascista fueran más compasivas y menos racistas que los sacerdotes de la Iglesia Católica. Mientras que la jerarquía del ejército italiano encontraba que las matanzas de la Ustachá empataban mal con lo que significa ser italiano, la jerarquía eclesiástica no veía una contradicción con lo que significa ser católico. Esto debiera ofender a la gran mayoría de los feligreses católicos, en cuyo nombre los sacerdotes pretenden actuar. Sobre todo cuando recordamos que los valientes católicos croatas que eligieron enfrentarse a las crueldades de la Ustachá, aun cuando fueran sacerdotes, sufrieron el mismo destino que serbios y judíos, expirando bajo tortura en los campos de muerte de un régimen orgullosamente ‘católico’ apoyado por el Vaticano.

Los musulmanes

Existe naturalmente la tentación de ver en el comportamiento de la Iglesia Católica en Yugoslavia un proceso misionero violento con el fin de producir más católicos. Sin embargo, había muchísimos musulmanes en la órbita Ustachá del ‘Estado Independiente de Croacia,’ y no hubo esfuerzo alguno por convertirlos a ellos. Al contrario, estos musulmanes se aliaron en masa con los ustaches y participaron entusiastas con los católicos croatas en las grandes matanzas de serbios, judíos, y gitanos. Aquello sugiere que en realidad se trataba de un proyecto primeramente pro nazi y racista—serbofóbico, antisemita, y antigitano—, como lo sugiere igualmente que tantos serbios convertidos por fuerza al catolicismo de todas maneras fueran asesinados.

¿Debe sorprendernos que se aliaran los nazis de Croacia y los musulmanes de Bosnia? Yo pienso que no. Como antes vimos, la ideología tradicional musulmana es harto similar a la ideología nazi, y totalmente opuesta al liberalismo democrático de serbios y judíos (CAPÍTULO 3). El gran arquitecto de la Solución Final de los nazis alemanes de hecho fue el árabe palestino Hajj Amin al Husseini, un líder musulmán (INTRO A LA PARTE 1). Husseini expresó que el islam y el nazismo eran muy similares y se enfrentaban a los mismos enemigos. Así lo recordó el diario francés *Le Monde* en una retrospectiva 50 años después:

“Ustedes deben ser el ejemplo y la luz en la lucha contra los enemigos comunes del nacional socialismo [nazismo] y el islam.” Noviembre 1943. En el corazón de Bosnia, el Gran Mufti de Jerusalén, Hajj Amín al Husseini, termina su discurso y lentamente pasa revista de las tropas del SS Freiwilligen-BH-Gebirgs-Division, los voluntarios de la división montañesa en Bosnia-Herzegovina.⁶⁴

Este hombre jugó, de hecho, un papel directo en las matanzas Yugoslavas, pues se responsabilizó de crear grandes fuerzas terroristas entre los musulmanes de Bosnia. La *Enciclopedia del Holocausto* resume así la labor de Husseini en Bosnia, en aquel entonces parte del ‘Estado Independiente de Croacia’:

Husseini contribuyó al esfuerzo de guerra del Eje..., reclutando y organizando en tiempo record, durante la primavera de 1943, batallones de musulmanes bosnios en Croacia que sumaron unos veinte mil soldados. Estas unidades de voluntarios musulmanes, llamados Hanzar (espada), fueron incluidos en

unidades del Waffen-SS, pelearon contra los partisanos yugoslavos en Bosnia, y llevaron a cabo actividades de seguridad y policíacas en Hungría. Participaron en las masacres de civiles [serbios, judíos, y gitanos] en Bosnia y se ofrecieron de voluntarios para la caza de judíos en Croacia... Los alemanes publicaron mucho el hecho de que Husseiní había volado desde Berlín a Sarajevo expresamente para darle su bendición al ejército musulmán e inspeccionar sus armas y ejercicios de entrenamiento.⁶⁵

Pero Bosnia no era el único lugar donde había una concentración importante de musulmanes en Yugoslavia. También los había en Kosovo. Mientras que los musulmanes en Bosnia eran eslavos, los de Kosovo eran *shqipëtares*, como se denominan ellos mismos, o albaneses, como los llama el resto del mundo. Los italianos habían añadido el territorio de Kosovo a Albania, creando así la ‘Gran Albania’—un Estado títere del Eje—. Los albaneses fueron por lo general nazis entusiastas, y celebraron mucho cuando los italianos fueron reemplazados por alemanes. Pero no se esperaron. En cuanto tuvieron a su merced a los serbios, judíos, y gitanos de Kosovo se lanzaron al ataque con un regocijo carnívoros que sólo puede compararse a lo sucedido en el ‘Estado Independiente de Croacia,’ y que fue documentado para la historia en los reportes horrorizados de sus aliados italianos.

El terror en Kosovo comenzó en el distrito de Dakovica, en abril y mayo de 1941, cuando más de 200 serbios y montenegrinos fueron asesinados (los montenegrinos son de cultura serbia y algunos—no todos—se consideran serbios). Quienes lograron escaparse de Dakovica trataron de refugiarse

en Montenegro pero cometieron el error de acercarse al pueblo albanés de Crnobreg: “los *shqipëtares* del pueblo abrieron fuego sobre mujeres y niños.” El pueblo serbio de Bardonicí fue quemado por albaneses del pueblo vecino, y éste fue luego el destino de muchos otros pueblos en los siguientes días. En junio se organizó mejor la masacre luego de formarse compañías de voluntarios (*vulnetari*), mismas que “perpetraron grandes atrocidades durante los meses de septiembre y octubre de 1941, dejando a su pasar una estela de pilas de cadáveres y ruinas humeantes.”⁶⁶

El líder del grupo colaboracionista albanés *Balli Kombëtar* se llamaba Midhat Frasherí. Sus seguidores, “los balistas,”

...ascendían a los 5,000, [y] llevaron a cabo un reinado de terror contra los serbios [en Kosovo]. Con el mismo sadismo ajustaron cuentas con los pocos *shqipëtares* [albaneses] que se habían unido a los movimientos de los partisanos o a los *chetniks* [ambos movimientos predominantemente serbios que peleaban contra los nazis – FGW], y ajustándolas también con quienes le hubieran dado refugio a algún sobreviviente serbio en sus casas.—Avramov (1995:217)

Avramov explica que cuando las tropas alemanas entraron en Kosovo y Metohija en 1943, crearon bajo el nombre de Segunda Liga de Prizren una coalición de grupos ‘nacionalistas’ que reclutaba a *todos los albaneses varones menores de 60 años*. El 5 de marzo de 1944 Hitler envió un telegrama a Tirana, Albania, ordenando que en Kosovo, además del regimiento de gendarmería, se creara una “división voluntaria de la SS” para que el gobierno albanés “lograra con

ella sus muy conocidos objetivos políticos.” Antes de formar la Liga, escribe Avramov, “los shqipëtares habían sido miembros de formaciones armadas de la SS y habían formado parte de 13 divisiones de la SS que habían perpetrado crímenes inmencionables contra los serbios de Bosnia y Herzegovina,” actuando como soldados de los ejércitos creados en Bosnia por Hajj Amín al Husseiní.

La misión alemana en Tirana le informó a Berlín el 3 de abril de 1944 que la Liga [de Prizren], encabezada por Xhaver Deva y el vicepresidente Muse Shehu, estaba “preparada a dedicarle todas sus energías y capacidades a la lucha contra el elemento eslavo [serbio]...” La División SS Skanderbeg fue formada, y su primera operación ‘exitosa’ fue arrestar y cazar a los judíos quienes, bajo ocupación italiana, habían logrado sobrevivir hasta el momento. Luego vino una caza de brujas contra los serbios en Pristina [la capital de Kosovo] y los alrededores, en Pec, y otras localidades. El 28 de agosto de 1944, la división asesinó a 428 niños y ancianos serbios que estaban en sus casas en el pueblo de Velika, cerca de Cakor. Y mientras que los alemanes emprendían la retirada, las unidades shqipëtares se entusiasmaban más en su reino de terror y regocijaban con inimaginables actos de sadismo: le sacaban los ojos a los vivos, les cortaban partes de su cuerpo, etc. Uno tiene que preguntarse qué cosa impelía a las masas shqipëtares a ensangrentar sus manos de esta forma cuando el sistema que los sostenía obviamente se colapsaba ya.—Avramov (1995:216-17)

Además de crear la División SS Skanderbeg[†] que perpetraba aquellos crímenes, Xhaver Deva “había sido responsable de deportar ‘judíos, comunistas, partisanos, y personas sospechosas’ (en las palabras de un reporte capturado de la SS), a los campos de exterminio en Polonia.”⁶⁷

Como en el caso de Croacia, no se trataba simplemente de matar, sino de matar con gozo, infligiendo la mayor crueldad posible:

Los asesinatos se acompañaban a menudo de bestialidades sádicas: niñas pequeñas eran violadas ante sus madres y los cadáveres eran mutilados de forma horrible. En el pueblo de Toplicani, cerca de Suva Reka, el desafortunado Arsenije Ilic fue asesinado; sus verdugos le cortaron luego la cabeza, la montaron sobre una estaca, y la llevaron por todo el pueblo para intimidar a los campesinos y forzar a los serbios a que se fueran. Los hermanos Dajic del pueblo de Grbole fueron primero segmentados vivos en la presencia de su familia por los *vulnetari*, y Jagos Milic del mismo pueblo fue hecho pedazos con hachas.—Avramov (1995:212-13)

Etc., etc., etc. Miles y miles de serbios, judíos, y gitanos fueron asesinados en Kosovo—muchos de ellos torturados a muerte de formas que son insoportables inclusive de leer.

La fuerza moral de los serbios

Durante la Segunda Guerra los serbios demostraron que el salvajismo de los nazis era incapaz de destruir su espíritu

[†] Nombrada en honor al principal héroe nacional de los albaneses.

democrático y humanitario—el mismo espíritu que los había impelido a derrocar un gobierno autoritario pro alemán para enfrentarse a los nazis (aunque estuvieran completamente rodeados). El movimiento partisano yugoslavo—liderado por el Mariscal Josip Broz Tito—estaba compuesto en su gran mayoría por serbios. Los serbios pelearon bien, y de hecho liberaron un gran pedazo de Europa cuando el resto se hallaba dócilmente bajo la firme ocupación alemana. Y los serbios civiles que no pelearon en el movimiento partisano fueron también, por lo general, sorprendentemente valientes y éticamente admirables.

En 1943, en el apogeo de la guerra, Ruth Mitchell escribió *The Serbs Choose War (Los Serbios Escogen la Guerra)* para celebrar no sólo la valentía de los serbios enfrentados a los nazis, sino su coraje moral para defender a sus compatriotas judíos. Los serbios salieron a jugarse sus vidas porque no estaban de acuerdo con el antisemitismo, y pagaron un precio altísimo por su consciencia. Este tema merece un libro entero: el de Ruth Mitchell. Pero reproduzco aquí una carta que Mitchell incluye en su libro y que nos dibujará ampliamente el contexto. La envió un doctor judío del departamento de medicina de la Universidad de Belgrado luego de escaparse de Yugoslavia en 1942. La envió a un amigo en Londres para explicarle el heroísmo de sus compatriotas serbios.

“En Yugoslavia había 85,000 judíos, incluyendo los emigrados [refugiados] de Alemania, Austria, Polonia, y Checoslovaquia. Gracias a los serbios, los judíos yugoslavos habían logrado escapar y rescataron a muchos de sus compatriotas de Alemania y de países ocupados por los alemanes. El servicio y asistencia

otorgados por los oficiales consulares yugoslavos en Austria y Checoslovaquia merece un reconocimiento especial. Del número total de judíos en Yugoslavia como 7,500 eran refugiados.

“Después [de la invasión nazi de 1941]... los judíos cayeron bajo el poder de varios regímenes, incluyendo el ‘Estado Independiente de Croacia,’ de Pavelic.

“La ‘solución’ al problema judío en la Croacia Independiente se dejó en manos de los ustaches croatas. En Serbia, sin embargo, el problema judío no corrió por cuenta de los serbios mismos. Esto lo hicieron los alemanes. Existen buenas razones para esto. Cuando ocuparon Serbia, los alemanes no encontraron antisemitismo alguno en el país. No lograban convencer a la población local o a las autoridades de tomar medidas antisemitas.”

Interrumpo para explicar que, como lo hicieron en otros lados, los nazis instalaron a sus títeres en Serbia. Milan Nedic era el nombre del serbio que gobernaba aquel país para los nazis. Prosigo con la carta:

“El hecho de que Nedic mismo le exigiera al oficial militar supremo en Serbia y el Banat que le permitiera a él y a su gobierno solucionar el problema del pueblo judío, contra el cual no podían ni debían tomarse medidas drásticas en Serbia, demuestra el sentimiento del pueblo serbio hacia los judíos. Nedic le dio las siguientes razones a los alemanes para explicar su demanda. Si los alemanes querían que los serbios se calmaran, lo primero sería ponerle un alto a la terrible persecución de los judíos serbios. El pueblo serbio no podía aceptar semejante trato hacia ‘sus compatriotas de la religión judía.’ Los serbios consideran a los judíos sus hermanos, pero de una

religión distinta. La respuesta que recibió Nedic de los alemanes sobre su demanda fue que 'los serbios no han logrado el nivel de cultura necesaria que les permita encargarse de los judíos. Nosotros mismos solucionaremos el problema judío en Serbia.'

“En lo que concierne al antisemitismo, Yugoslavia puede ser dividida en dos partes, es decir, distritos donde este sentimiento es latente, y Serbia, donde sin exageración alguna puede decirse que el antisemitismo no ha echado raíz.

“Durante los veintitrés años de existencia que lleva Yugoslavia, Serbia siempre ha profesado la tradición democrática y libre que existía en el antiguo Reino de Serbia. Ahí, en el siglo 19, y luego también en el siglo 20, los judíos gozaban de todos sus derechos civiles e igualdad completa con sus compatriotas serbios. Esta igualdad fue otorgada en varias constituciones del Reino de Serbia y después en el Reino de Yugoslavia, pero se trataba de una expresión verdadera de la relación entre los serbios ortodoxos y los judíos en su contacto diario. Esta relación amigable existía también en las esferas económicas, financieras, y políticas de la vida serbia. El pequeño grupo de judíos que vivían en Serbia hizo su contribución hacia una vida cultural y política en la lucha de los serbios por crear un Estado de los eslavos del sur. Había miembros judíos del Parlamento. Los judíos contribuyeron a la lucha de Serbia por liberarse. Varios fueron otorgados la Estrella de Karadjordje por su valentía en el campo de batalla—el equivalente del V.C. británico.

“Un año antes de que Yugoslavia fuera atacada por Alemania, por presión del Reich y en un intento de acomodarse a la política de los dictadores, el gobierno

de Tsvetkovic-Macek[‡] aprobó las primeras leyes antisemitas en Yugoslavia. El gobierno no fue unánime sobre el punto. El Dr. Koroshet, líder de los eslovenos, defendió la medida como Ministro de Educación. Los ministros de gabinete serbios, sin embargo, incluido el ministro de guerra, se rehusaron a aplicar la ley. Se aplicó nada más en el ministerio de educación, dirigido por el esloveno Dr. Koroshets, y en el ministerio de comercio e industria, dirigido por el croata Dr. Andres.

“En todas las escuelas y universidades, se aplicaron numerosas restricciones por decreto, pero en Serbia, los maestros y profesores serbios lograron evadir o sabotear las regulaciones.

“En esto Serbia fue completamente distinta a Croacia bajo Macek y el gobernador de distrito Shubashitch. En Croacia el antisemitismo se había heredado de Austria-Hungria. Los centros antisemitas siempre habían existido. La Croacia del Dr. Shubashitch de hecho preparó regulaciones y leyes [antisemitas] antes de que estallara la guerra en Yugoslavia en 1941. Gran parte de las industrias judías en Croacia iban a ser confiscadas y nacionalizadas. El antisemitismo se enfatizaba en Croacia sobre todo por la rama derechista del Partido Campesino del Dr. Macek.

[‡] Tsvetkovic era el primer ministro del Principe Pablo, y Macek era el líder del Partido Campesino Croata con el que gobernaba a partir del acuerdo, antes mencionado, que le dio a Macek autonomía en Croacia a cambio de reconocer el gobierno de Belgrado.

“Este reporte puede ser dividido en dos partes—la primera empezando con la entrada de las tropas alemanas a Belgrado en abril de 1941 al comienzo de agosto de 1941; la segunda desde mediados de agosto de 1941 hasta que fue cerrada la ‘sección judía’ a finales de 1942. La sección fue cerrada porque no había ya judíos en la Serbia ocupada. Durante la primera etapa los judíos fueron torturados, perseguidos, maltratados, utilizados como esclavos. Judíos muy conocidos y serbios también fueron enviados a los campos de concentración alemanes. Mujeres de las élites intelectuales fueron forzadas a limpiar letrinas en las barracas alemanas, a limpiar pisos y barrer calles bajo la supervisión de las tropas de la SS. Las hicieron limpiar ventanas de casas muy altas por el exterior, y varias se cayeron y murieron. Jovencitas judías fueron violadas y llevadas al ‘Medi-Militar.’ Ya en la primera etapa los judíos habían sido despojados de toda su propiedad y la mayoría fueron echados de sus casas.

“En la segunda etapa los judíos varones fueron enviados a campos de concentración. Pero muchos hombres y jóvenes judíos lograron escapar a los pueblos, donde vivían con familias campesinas serbias. Algunos luego se unieron a las guerrillas. Muchos jóvenes de la organización judía sionista, la cual cooperaba con las organizaciones serbias organizando los preparativos de la resistencia, ayudó de forma activa a los guerrilleros. Muchos recolectaban material de hospital para las guerrillas o ponían propaganda antialemana en las calles de Belgrado...

“Alrededor de cuarenta de mis parientes fueron balaceados en Belgrado por los alemanes. Pero estoy

orgullosos de poder decir que dos pequeños parientes míos, uno de cinco y uno de siete años de edad, cuyos familiares fueron asesinados por la GESTAPO, han sido escondidos por dos madres serbias.

“No hubo medidas alemanas en Serbia que lograran destruir las relaciones amistosas entre serbios y judíos. Durante el periodo de trabajo forzado los serbios hablaban con sus amigos judíos inclusive delante de los soldados alemanes y la policía. Durante aquel periodo mas de 300,000 serbios fueron masacrados por la Ustachá croata en Bosnia, Herzegovina, y Lika, y unos 60,000 fueron balaceados por los alemanes en Serbia. Durante el periodo cuando los estudiantes y campesinos serbios fueron ahorcados en la plaza central de Belgrado, los serbios de la capital tenían el coraje suficiente para protestar en público su indignación frente al maltrato de los judíos.

“Cuando las mujeres judías fueron transportadas en carros a los campos de concentración, los comerciantes serbios en las calles por las que pasaban cerraron sus negocios y sus casas para expresar no sólo su protesta, sino también para enfatizar que la población serbia entera, ayer y hoy, no puede participar y no participará en el exterminio de sus vecinos judíos.

“El ejemplo del pueblo serbio hacia los judíos es único en Europa, y especialmente en la parte sur del continente [los Balcanes]. A pesar de la intensiva propaganda alemana en prensa y radio, a los serbios no los afecta. Cuando consideramos lo que le ha sucedido a los judíos en países vecinos, en el ‘Estado Independiente de Croacia,’ Hungría, Rumania, y Bulgaria, el ejemplo serbio brilla.

“Ya no hay judíos hoy en Serbia, excepto por algunos niños que han escondido los serbios y aquellos que pelean al lado de los serbios en los bosques. Yo fui salvado de una muerte segura. Campesinos serbios y mis otros amigos salvaron también de la muerte a mi único hijo, quien en varias ocasiones fue buscado por la GESTAPO en Belgrado.

“Es mi deseo como judío y como serbio que en los países libres y democráticos donde los judíos gozan todavía de la igualdad y la libertad se demuestre gratitud al pueblo serbio, señalando sus actos de nobleza, sus sentimientos de humanidad, y su alta cultura y consciencia cívica...

“No puedo concluir este reporte sin mencionar como la Iglesia Serbia Ortodoxa, el Patriarca Gavriilo, y su episcopado, trataron de salvar judíos y gitanos serbios. Hasta el día de hoy los alemanes han masacrado 170,000 gitanos, hombres, mujeres, y niños, en Serbia y Banat. Sacerdotes ortodoxos serbios y los campesinos serbios arriesgaron sus vidas no sólo para salvar judíos comunes y corrientes sino para salvar a aquellos gitanos y sus hijos. El rabino en jefe de los judíos yugoslavos vive hoy en América. Fue salvado de la GESTAPO, contrabandeado fuera de Serbia de monasterio en monasterio por el episcopado serbio. Se lo pasaban de una iglesia serbia a la otra, de un sacerdote serbio al otro, hasta que llegó a territorio búlgaro. Ahí, con la asistencia del episcopado ortodoxo búlgaro, entre quienes se encontraban amigos personales del rabino, llegó a la frontera turca.”—citado en Mitchell (1943:260-64)

Para que la valentía y el coraje moral de los serbios puedan ser apreciados en todo su contexto, es preciso conocer

las políticas alemanas de ocupación en Serbia. Como lo explica el historiador del Holocausto, Raul Hillberg, las fuerzas nazis en Serbia instituyeron una política de matar 100 rehenes civiles por cada soldado alemán que asesinaran los partisanos serbios. A pesar de estas medidas de terror extremo, los alemanes no lograban doblegar a los serbios. Y cabe apuntar que los rehenes a veces eran judíos, porque los alemanes se habían percatado de que los serbios sufrían igual si los inocentes ejecutados eran cristianos ortodoxos o judíos.⁶⁸

El Vaticano y la inteligencia estadounidense se alían para proteger y reclutar a los terroristas

El papel de la Iglesia Católica en el Holocausto yugoslavo requiere, como mínimo absoluto, un acto profundo de contrición por parte de las autoridades eclesiásticas. Lo que hicieron en la posguerra no se parece nada a eso.

La Iglesia educa a los irlandeses (y a los estadounidenses)

Relata Hubert Butler que en la muy católica Irlanda, en el año de 1946, caliente todavía el suelo europeo con las detonaciones de la Segunda Guerra Mundial, y húmedo todavía de sangre,

...el ministro de agricultura, el Sr. Dillon, hablando delante de unos estudiantes de leyes, les aconsejó que se modelaran en Mindzenty, Stepinac, y Pavelic, quienes “tan galantemente defendieron la libertad de pensamiento y consciencia.” Quienes conocían Yugoslavia se horrorizaron, pues Pavelic, uno de los principales criminales de guerra, era la contraparte

Yugoslava de Himmler, y fue bajo su autoridad que se establecieron cámaras de gas y campos de concentración en Yugoslavia, y que la campaña de conversión forzada [al catolicismo] inició. Claramente el Sr. Dillon hablaba así por ignorancia y no por racismo...—Butler (2001[1956]:16)

Seamos caritativos y concedamos que apenas concluida la guerra un ministro de gabinete irlandés no tenía la menor idea quién era el famoso carnicero de los Balcanes, Ante Pavelic. Y preguntemos: ¿A qué pudo deberse una ignorancia tan pronunciada que llevó a este ministro a sacar el cuello en público para elogiar a semejante monstruo?

Butler explica que el aristócrata Count O'Brien of Thomond, editor para asuntos extranjeros del semanario católico más importante de Irlanda, *The Standard*, había publicado un libro intitolado *El Arzobispo Stepinac: El Hombre y su Caso*. El libro iba decorado con una introducción del arzobispo de Dublín, y presumía elogios publicitarios en contraportada de un cardenal estadounidense y otro canadiense. Si eso fuera poco, el cardenal Spellman de Nueva York había colocado una copia del libro del Conde O'Brien en la simbólica primera piedra del nuevo *Stepinac Institute in New York*. El libro alegaba que Stepinac (condenado a 16 años de prisión por el gobierno yugoslavo de posguerra) era un santo, sufriendo persecución—como el resto de la Iglesia Católica—a manos de los comunistas. El libro tuvo un tremendo impacto en Irlanda: “todas los gobiernos condado en Irlanda se reunieron y aprobaron resoluciones. Extractos del libro de O'Brien se aventaron a diestra y siniestra, y telegramas enfurecidos [protestando la persecución contra Stepinac y la Iglesia Católica croata] enviados a parlamentos y embajadores.” Los

domingos el mensaje era el mismo: “En muchos púlpitos católicos romanos por todo Irlanda los sufrimientos de los católicos bajo Tito estaban siendo comparados con el largo martirio de la Irlanda católica bajo dominio protestante.”⁶⁹ Fue en el contexto de todo ese ruido que el ministro Dillon dio su discurso elogiando al muy católico *Ante Pavelic*—a quien Stepinac había bañado con sus bendiciones y el prestigio oficial de la Iglesia—y lo presentó como un *defensor de la libertad*, digno de emulación.

Al tiempo que sucedía aquello, la Iglesia escondía y protegía al gran carnicero de los Balcanes, y a muchos otros nazis yugoslavos (y no solo yugoslavos).

Líneas de ratas

Cuando un barco llega a puerto las ratas que viajan de polizontes bajan a tierra por las cuerdas que sujetan las embarcaciones a los muelles. De ahí, probablemente, el término inglés *ratline*—‘línea de ratas’—para los conductos que se encargaron de escurrir mucho contrabando humano a lugar seguro en la posguerra. Christopher Simpson explica que “las líneas de ratas más importantes que se han documentado hasta el momento, incluidas aquellas que contrabandeaban nazis, operaban dentro y a través del Vaticano.”⁷⁰

El papel crucial que jugó la Iglesia en el escape de los nazis ha sido enfatizado por el Coronel Hans Ulrich Rudel de la *Luftwaffe*, ...quien se convirtió en un vocero del movimiento neonazi en la posguerra. En un discurso en Kufstein de 1970, Rudel exclamó: “Que digan lo que digan del catolicismo. Pero lo que emprendió la Iglesia, especialmente ciertas

personalidades cumbre de la Iglesia, en aquellos años [inmediatamente después de la guerra] para salvar a lo mejor de nuestra nación, a menudo de una muerte certera, ¡jamás debe olvidarse! En Roma misma, el punto de tránsito para las rutas de escape, se hizo un esfuerzo vasto. Con sus inmensos recursos, la Iglesia nos ayudó a muchos a escapar a ultramar.”—Simpson (1988:179)

Intermarium es aquella organización católica, antes mencionada, que se había integrado como brazo de la inteligencia nazi, y “por lo menos una media docena de los altos líderes de *Intermarium* y sus subgrupos pueden ser identificados como colaboradores nazi. Algunos eran fugitivos criminales de guerra.”⁷¹ *Intermarium* tenía líneas de ratas extensivas, y se convertiría en una de las más importantes fuentes de reclutas nazi para la CIA.⁷²

Simpson explica que “Estados Unidos se involucró en las grandes vías subterráneas para los nazis que había creado *Intermarium* cuando el CIC”—*Army Counter Intelligence Corps* (Servicio de Contraespionaje del Ejército)—“contrató al líder croata de *Intermarium*.” ¿Quién era? El Monseñor Kronuslav Draganovic.⁷³

Kronuslav Draganovic, y el Colegio de San Girolamo

Draganovic era un importante prelado de la Iglesia Católica en Croacia, y un criminal de guerra, como lo reconoce un reporte del Departamento de Justicia estadounidense que cita Simpson.⁷⁴ Luego de declarado el Estado croata, “Draganovic se convirtió en el vicejefe del Buró de Colonización de la Ustachá, responsable sobre todo de redistribuir la propiedad de

los serbios asesinados o deportados. También participó en conversiones forzadas”—de hecho, la tesis doctoral de Draganovic se había utilizado para justificar las conversiones forzadas de los serbios ortodoxos—. Finalmente, “fungió como capellán del campo de concentración [y de muerte] de Jasenovac,” donde se cometieron las más inimaginables atrocidades.⁷⁵

Orgulloso de la organización a la que pertenecía, Draganovic, que decía ser nacionalista croata primero y luego clérigo de la Iglesia, “llevaba a cabo sus funciones en el uniforme de un lugarteniente coronel de la Ustachá.” No hay evidencia, empero, para suponer que hubiese el menor conflicto entre sus dos identidades: su superior, el arzobispo Alojsije Stepinac, de hecho lo promovió en 1943, enviándolo a Roma, donde “vivió y trabajó en el *Collegio San Girolamo degli Illirici* (Colegio de San Gerónimo de los Ilirios).”⁷⁶ §

San Gerónimo era “un hospicio e iglesia donde por casi cinco siglos habían vivido los jóvenes clérigos croatas mientras estudiaban en las instituciones del Vaticano.” Aunque territorialmente no era parte de la Santa Sede, “el colegio estaba (y continúa estando) bajo protección del Vaticano.” Después de la guerra, dentro del Colegio de San Gerónimo, Draganovic creó “un centro político de la Ustachá llamado el Comité de Refugiados Croatas del Colegio de San Girolamo.”⁷⁷ Desde ahí, “bajo auspicio de la Iglesia, creó las rutas subterráneas de escape para sacar de su país a miles de

§ Los ilirios fueron antiguos habitantes de los Balcanes, y los croatas habían sido los primeros en jactarse de ser descendidos de los antiguos ilirios.

líderes de la Ustachá. ...Estos ‘refugiados’ incluyeron gente como el jefe supremo de la Ustachá, Ante Pavelic, y su ministro de policía Andreija Artukovic, responsables entre los dos de organizar el asesinato por lo menos de 400,000 serbios y judíos.” Cuando lo contrataron los estadounidenses, Draganovic dirigía una de las líneas de ratas más grandes e importantes.⁷⁸

La inteligencia estadounidense estaba *perfectamente* bien informada de lo que sucedía en San Gerónimo. “En el otoño de 1945, la Unidad de Servicios Estratégicos (un sucesor más pequeño de la OSS) sabía que Draganovic ‘llevaba a cabo actividad política en Roma para reagrupar a los emigrados croatas.’ ” Y no sólo eso. “Para octubre de 1946, el CIC estaba consciente de que Draganovic permanecía en contacto con Pavelic (entonces en Austria), que enviaba equipos de sabotaje a Yugoslavia, y que estaba enviando criminales de guerra... a Sudamérica.” Pero si eso fuera poco, la información de la inteligencia estadounidense se volvería todavía mejor: “[E]l Agente Especial del CIC Robert Clayton Mudd colocó a un agente en el Colegio de San Girolamo ‘para descubrir, de ser posible, si... aquel lugar, como decían, estaba repleto de celdas de operativos de la Ustachá.’ ”⁷⁹

Difícilmente puede imaginarse una misión más peligrosa.

Jóvenes ustaches patrullaban el colegio e inclusive se apostaban de guardias frente a algunas puertas. Se precisaba de contraseñas para moverse de un cuarto al otro, los recién llegados eran interrogados extensivamente, y el saludo ustache se daba y se recibía todo el tiempo. El infiltrado de Mudd de hecho

tuvo que suspender su trabajo “repentinamente cuando se volvió demasiado peligroso... para el agente.” El CIC logró establecer que por lo menos nueve altos ministros de la Ustachá ya sea “vivían en el colegio, o vivían en el Vaticano y venían a juntas varias veces a la semana a San Gerónimo [Girolamo].” Para trasladarse entre el Vaticano y el colegio, utilizaban un automóvil con chofer con placas del Vaticano que decían *Corpo Diplomático*. “Como tiene inmunidad diplomática,” dijo Mudd, “es imposible parar el auto y descubrir... a sus pasajeros. ...El Vaticano,” añadió, “trata de escurrir [a los ustaches] a Sudamérica por cualquier vía posible.” ...Más tarde, aquel mismo año, Mudd logró conseguir fotostáticas de los archivos personales de Draganovic... [los cuales] indicaban la presencia de otros veinte criminales de guerra croatas en el colegio.—Goda (2005:212)

Cuando el CIC abandonó el esfuerzo contra los criminales de guerra y comenzó a reclutarlos (CAPÍTULO 31), la inteligencia estadounidense y Draganovic terminaron por entenderse muy bien. Los estadounidenses le pidieron a Draganovic que creara líneas de ratas especiales para sacar de Europa a nazis que le apetecían a la inteligencia estadounidense pero cuya conexión con el gobierno de los Estados Unidos—por ser demasiado conocidos como criminales de guerra—había que ocultar. “Bajo el acuerdo el sacerdote obtuvo identificaciones falsas, visas, guaridas secretas, y transportación para los emigrados cuyos viajes eran patrocinados por el CIC.” ¿Cómo le pagaba la inteligencia estadounidense a Draganovic? “A cambio, [el agente Paul] Lyon y el Agente Especial del CIC Charles Crawford, le ayudaban a los refugiados que seleccionaba Draganovic a

escapar de la zona alemana ocupada por los Aliados. Estos eran con toda seguridad fugitivos criminales de guerra de la Ustachá, inclusive de acuerdo a la versión de los hechos del Departamento de Justicia [estadounidense].”⁸⁰ El más famoso de todos los escurridos nazi de Draganovic fue Klaus Barbie (CAPÍTULO 31).⁸¹ Los más terribles, sin embargo, fueron sin duda Ante Pavelic y Andreija Artukovic.

Al momento de escaparse, el 4 de mayo de 1945, Pavelic fue primero a ver al Arzobispo Stepinac en su sede, el *Kaptol*, y “le entregó una caja tras otra de oro, joyas, y otros tesoros saqueados de sus víctimas.” Al siguiente día “se fue de Zagreb junto con 500 clérigos católicos y se escondió primero en el monasterio de St. Gilgen, cerca de Salzburgo.”⁸² Según la investigación hecha en 1947 por William Gowan de la inteligencia estadounidense, “en mayo de 1945 Pavelic se encontraba en custodia británica en Austria. Hasta 1946 se creía que seguía en Austria, pero sólo los registros todavía clasificados de los británicos pueden establecer si las fuerzas de ocupación británicas lo protegieron ahí.” Eso nada tendría de raro, y Gowan dijo años después que el escape de Pavelic había sido facilitado por el Vaticano y por la inteligencia británica. “Pavelic llegó a Roma disfrazado como el sacerdote católico Don Pedro Gonner en la primavera de 1946 [y] se quedó en varias residencias vaticanas, pero aparentemente no en el Colegio de San Girolamo.”⁸³ Con una identificación falsa de la Cruz Roja Internacional bajo el nombre de Pablo de Arianos, relata Smilja Avramov, Pavelic se fue a Argentina y luego a la España franquista. “Murió en un hospital alemán en Madrid el 26 de diciembre de 1954, luego de recibir los santos óleos y la bendición personal del Papa Pío XII.”⁸⁴

Por su parte, Andreija Artukovic recibió la asistencia de los franciscanos, escondiéndose en sus monasterios (incluyendo St. Gilgen) para refugiarse primero en Austria y luego en Roma con Draganovic. Éste y Agustín Juretic, enviado de Stepinac, le consiguieron una bienvenida con los eclesiásticos de la Universidad de Fribourg, Suiza, y le depositaron algo de dinero en un banco. Cuando la policía federal suiza se enteró de que Alois Antic—el nombre falso bajo el cual viajaba Artukovic—era un criminal de guerra, ¿acaso lo arrestaron? Para nada. Le dijeron que tenía dos semanas para salir de Suiza. Entonces “nuevamente los franciscanos vinieron a su auxilio” y lo recomendaron con el consulado irlandés en Berna. De ahí se escapó con papeles irlandeses a Estados Unidos, cerca de su adinerado hermano en California.⁸⁵

La CIA continuó empleando a Draganovic durante los 1950s—por lo menos hasta 1960—. ⁸⁶ Cuando murió Pío XII en 1958 y subió Juan XXIII, Draganovic fue finalmente removido de San Gerónimo. No entregado a la justicia para que fuera enjuiciado como criminal de guerra, sino simplemente removido. Se quedó en Roma, y mantuvo extraoficialmente su influencia en San Gerónimo y en la organización nacionalista y separatista croata que sobrevivió también en el colegio. Además, el Vaticano utilizó a Draganovic oficialmente como Secretario del Comité Croata de la Comisión Pontificia sobre Refugiados Yugoslavos. De ninguna manera lo habían castigado o marginado—se había paliado simplemente un problema de relaciones públicas—. Durante los años 1959-61 la inteligencia militar estadounidense utilizó mucho a Draganovic como fuente de inteligencia sobre Yugoslavia.⁸⁷

Draganovic, finalmente, se fue involucrando con el activismo político de los exiliados de la Ustachá en la posguerra. ¿Qué hizo la Ustachá en la posguerra? Lo de siempre: organizar terrorismo para destruir a Yugoslavia.

El FBI

Al final de la guerra había en las zonas ocupadas por los Aliados muchos colaboradores nazis que esperaban recibir un mejor trato de los Aliados que de los comunistas. Entre ellos llegaron “100,000 croatas del derrotado régimen fascista de Ante Pavelic, escapando la ira de los partisanos de Tito,” explica Tony Judt.⁸⁸ Muchos de ellos fueron traídos a Estados Unidos y protegidos ahí por el gobierno. ¿Por qué se les protegió? Antes vimos que el historiador Norman Goda afirma sobre el comportamiento de la Iglesia croata que “es difícil situar a los altos clérigos del catolicismo en categorías morales fáciles.” En su artículo, ‘Colaboradores Nazis en Estados Unidos: Lo que sabía el FBI,’ extiende la misma generosidad interpretativa a la policía estadounidense.

Goda reconoce que la cosa no se ve bien: “En calidad de agencia policíaca suprema de la nación, el FBI sabía mucho sobre los antecedentes criminales de muchos emigrados,” y sin embargo nunca actuó en contra de ellos, ni le dio asistencia a otras agencias que sí querían actuar, incluyendo el INS [*Immigration and Naturalization Service*].” Goda primero dice que esto debe interpretarse como “la indiferencia del FBI,” y que “debe ser comprendida en su contexto.” ¿Cuál es ese contexto? “En los 1950s muchos creían que la principal amenaza a la seguridad estadounidense venía no de los nazis y sus colaboradores sino de los soviéticos y los suyos.”⁸⁹ Es un

argumento común: no vaya Usted a creer que había simpatías pro nazi en las agencias de inteligencia estadounidenses; eran *anticomunistas*.

Pero si aceptamos de Goda que el FBI “protegió a anteriores colaboradores [nazis] mientras los utilizaba como fuentes o permitía que otras agencias lo hicieran,” porque “podían ser utilizados como bastiones anticomunistas en sus propias comunidades de emigrados,” entonces tenemos que rechazar su argumento sobre la presunta “indiferencia del FBI.”⁹⁰ Eso es *interés*. Y aunque el FBI sin duda se sirviera de nazis ‘anticomunistas,’ eso no explica como principio general la protección extendida a los nazis. El propio Goda confiesa que “aun cuando el inmigrante en cuestión no era una figura anticomunista importante en la comunidad de emigrados, el FBI se mostraba apático sobre si el acusado era o no un criminal de guerra.”⁹¹

Nuevamente la apología: primero alega “indiferencia”; ahora, “apatía.” Y nuevamente se refuta solo. El propio Goda relata sobre Andreija Artukovic—el “Carnicero de los Balcanes,” máximo responsable de los crímenes de la Ustachá—que “en una entrevista en su casa de California Artukovic expresó ‘su honda apreciación por el interés del FBI en su seguridad.’”⁹² *El interés del FBI*. ¿Se vale todavía tratar de disculpar al FBI? Para Goda, sí. Propone que el FBI no cooperó con los esfuerzos yugoslavos de obtener la extradición, y permitió que Artukovic viviera a sus anchas en California, porque de ser extraditado “seguramente sería ejecutado.” ¿O sea que el FBI era *compasivo*? Pero si nos tomamos en serio, como pide Goda, que el comportamiento del FBI sea “comprendid[o] en su contexto,” habrá que recalcar

que Artukovic se había refugiado en un país, Estados Unidos, donde la ley contempla la ejecución de un acusado por torturar a muerte a *una* persona, no se diga ya los cientos de miles de víctimas del Carnicero de los Balcanes. Y para redondear el contexto, observamos que el FBI hizo todo esfuerzo posible por ejecutar—con éxito—a dos *judíos*, acusados con la evidencia más pobre que se pueda imaginar, por ser presuntos ‘espías’ (CAPÍTULO 34). El contraste es elocuente sobre los verdaderos valores del FBI.

Apunto también que el ‘anticomunismo’ del FBI era mucho más que eso. Goda afirma que “el comunismo había sido un blanco del FBI a partir de 1917.”⁹³ Pero aquellas actividades ‘anticomunistas’ se iniciaron bajo Woodrow Wilson, pionero radical y apóstol del eugenismo, movimiento que parió al nazismo alemán. En aquel entonces los *robber barons* que controlaban el gobierno de Estados Unidos y que financiaban el movimiento eugenista dirigían una sangrienta lucha contra los trabajadores—el ‘anticomunismo’ del FBI era la coartada para perseguir a cualquier inconforme—. El Ku Klux Klan y otros grupos de su calaña, favoritos de Wilson, tenían protección oficial mientras que el FBI hostigaba sin descanso las organizaciones afroamericanas (CAPÍTULO 6). El director del FBI, J. Edgar Hoover, era un derechista extremo y mantendría al FBI sobre aquel curso durante su larguísima gestión con el apoyo de los sucesores de Wilson en la Casa Blanca, quienes expandieron la envergadura y poderes de esta policía política (CAPÍTULO 7).

Según Goda al terminar la guerra mundial “muchos creían” que los soviéticos eran “la principal amenaza a la seguridad estadounidense.” Pero en Estados Unidos el

movimiento comunista era diminuto, y eso se sabía (CAPÍTULO 34). Y cuando los analistas mejor informados de la OSS opinaron que la Unión Soviética no sólo no podía invadir Europa Occidental sino que no tenía la menor intención de hacerlo, fueron purgados y reemplazados con la Organización Gehlen—un equipo nazi a cargo de la CIA—. Enseguida se utilizaron los reportes falsos de Gehlen para generar una histeria antisoviética con la cual justificar un tremendo gasto militar (CAPÍTULO 31). Naturalmente que no era deseable el comunismo, pero el ‘anticomunismo’ de la oficialía estadounidense no era más que una *excusa*, una fachada, una coartada. Porque combatir el comunismo—una empresa loable—de ninguna manera precisa de fortalecer algo igual o peor: el nazismo.

Regresando a Artukovic, es instructivo también examinar la forma como llenó sus días. En su nueva patria estadounidense Artukovic se convirtió en un miembro distinguido de los Caballeros de Colón, la organización fraternal católica más grande del mundo, a la cual llaman “el brazo derecho fuerte de la Iglesia.” Algunos consideran el crecimiento inicial de la organización “típico del atractivo que las sociedades secretas... ejercían para los hombres de finales de 1800s.”⁹⁴ Ha mantenido ese atractivo. Sus juntas ceremoniales y de negocios son secretas, y los Caballeros deben prometer no revelar los detalles de éstas excepto a un Caballero del mismo rango. Como Caballero de Colón, Artukovic se convirtió en “una figura muy respetada que daba conferencias a institutos y se sentaba para entrevistas de televisión,” explica Hubert Butler.⁹⁵ No fue sino hasta 1986, luego de haber vivido plenamente en California, inservible ya,

ciego, quizá senil, y muriéndose por cuenta propia a sus 86 años, que Artukovic fue finalmente extraditado a Yugoslavia para paliar un poco el escándalo.⁹⁶ No se le privó realmente de nada; ya había terminado su vida.

Para muchos otros nazis no hubo siquiera eso, y murieron de viejos, en libertad, en suelo estadounidense. Es el caso, por ejemplo, de los nazis albaneses importados.

Los nazis albaneses

Christopher Simpson explica que la CIA, a través de la Operación *Bloodstone* (CAPÍTULO 31), se trajo a Estados Unidos a uno de los principales organizadores de las matanzas de Kosovo: Midhat Frasheri. Aquel de hecho se encargaba de recomendar reclutas adicionales para la CIA, y “entre los hombres que propuso Frasheri estaba Xhaver Deva,” el otro gran verdugo de Kosovo.⁹⁷ O sea que la CIA brindó consiguió asilo en Estados Unidos a los principales exterminadores de serbios, judíos, y gitanos en aquella región de Yugoslavia, monstruos de la talla de Andreija Artukovic.

“Una vez dentro del país, Frasheri, Deva, [Hasan] Dosti, y varios otros establecieron el Comité Nacional para la Albania Libre, financiado en gran parte por la CIA con fondos lavados por medio de fundaciones y por *Radio Free Europe*.” Este comité reclutó a otros refugiados terroristas albaneses para lanzar varios intentos de invasión de la Albania comunista de Enver Hoxha, pero fueron descubiertos por la inteligencia de los comunistas, capturados, y asesinados. Sin embargo,

los altos lugartenientes de Frasheri estaban a salvo en los Estados Unidos. Muchos de ellos participaron

activamente en política derechista en Estados Unidos y en la Asamblea de las Naciones Cautivas, también financiada por la CIA, de acuerdo a un estudio del *Congressional Research Service*. Deva vivió cómodamente en Palo Alto, California, hasta que murió en 1978.—Simpson (1988:123-24)

El FBI nunca los molestó.

En conclusión, podemos decir que la inteligencia estadounidense encontró muy simpáticos a los criminales de guerra yugoslavos, e hizo todo lo posible no solo por protegerlos, sino por utilizarlos y prestigiarlos después de la guerra. Hizo todo esto en cooperación estrecha con el Vaticano.

Post Data

Sería un alivio poder decir, por lo menos, que todo esto respondía a las políticas de una era especial, impulsadas por un hombre particular, Eugenio Pacelli, el Papa Pío XII. Pero no es así. El problema, nuevamente, es institucional: *en 1998 el Papa Juan Pablo II beatificó a Alojzije Stepinac* (desatando una enorme controversia, como era de esperarse). Es decir que en la opinión de la Iglesia Católica el hombre que brindó su apoyo moral y bendición oficial al régimen de la Ustachá—un régimen responsable de asesinar en campos de muerte a cientos de miles de inocentes, y de convertir a la fuerza a cientos de miles más—es candidato a santo.

FUENTES

- Avramov, S. (1995). *Genocide in Yugoslavia*. Belgrade: BIGZ.
- Biondich, M. (2005). Religion and Nation in Wartime Croatia: Reflections on the Ustaša Policy of Forced Religious Conversions, 1941-1942. *The Slavonic and East European Review*, 83(1), 71-116.
- Bulajic, M. (2002). *Jasenovac: Balkan Auschwitz*. Belgrade: Strucna Knjiga.
- Butler, H. (1997[1970]). The Artukovich File. *Archipelago*, 1(2), 21-39.
- Butler, H. (2001[1956]). The Subprefect Should Have Held his Tongue. *Archipelago*, 5(1), 15-27.
- Cornwell, J. (2000). *El Papa de Hitler: La Verdadera Historia de Pio XII*. Barcelona: Editorial Planeta.
- De Launay, J. (1974). *Les Grands Controverses de l'histoire contemporaine 1914-1945*. Nyon, Switzerland: G.V. Service.
- Dragnich, A. N. (1991). The Anatomy of a Myth: Serbian Hegemony. *Slavic Review*, 50(3), 659-662.
- Goda, N. J. W. (2005a). The Ustasa: Murder and espionage. In R. Breitman & N. J. W. Goda & T. Naftali & R. Wolfe (Eds.), *US Intelligence and the Nazis* (pp. 226-203). Cambridge: Cambridge University Press.
- Goda, N. J. W. (2005b). Nazi Collaborators in the United States: What the FBI Knew. In R. Breitman & N. J. W. Goda & T. Naftali & R. Wolfe (Eds.), *US Intelligence and the Nazis* (pp. 227-264). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hilberg, R. (1985 [1961]). *The destruction of the European Jews*. New York: Holmes & Meier.
- Judt, T. (2005). *Postwar: A history of Europe since 1945*. New York: Penguin Press.
- Knejevitch, R. L. (1951). Prince Paul, Hitler, and Salonika. *International Affairs*, 27(1), 38-44.
- Kovrig, B. (1976). Mediation by obfuscation: The resolution of the Marseille crisis, October 1934 to May 1935. *The historical journal*, 19(1), 191-221.
- Lipstadt, D. (1990). America and the Holocaust. *Modern Judaism*, 10(3), 283-296.
- Pavlowitch, S. K. (1981). Out of Context - The Yugoslav Government in London 1941-1945. *Journal of Contemporary History*, 16(1), 89-118.
- Phayer, M. (2001). *The Catholic Church and the Holocaust, 1930-1965*. Bloomington, IN: Indiana University Press.
- Presseisen, E. L. (1960). Prelude to "Barbarossa": Germany and the Balkans, 1940-1941. *The Journal of Modern History*, 32(4), 359-370.
- Redinger, M. (2002). "To Arouse and Inform": The Knights of Columbus and United States-Mexican Relations, 1924-1937. *The Catholic Historical Review*, 88(3), 489-518.
- Sereni, A. P. (1941). The status of Croatia under international law. *The American Political Science Review*, 35(6), 1144-1151.
- Simpson, A. E. (1959). The Struggle for Control of the German Economy, 1936-37. *The Journal of Modern History*, 31(1), 37-45.
- Trifkovic, S. (1993). Rivalry between Germany and Italy in Croatia, 1942-1943. *The historical journal*, 36(4), 879-904.
- West, R. (1994[1940]). *Black Lamb, Grey Falcon: A Journey Through Yugoslavia*. New York: Penguin.

¹ Lipstadt (1983:324-25)

² West (1994[1940]:15)

³ “The King is Dead, Long Live the Balkans! Watching the Marseilles Murders of 1934”; *Watson Institute for International Studies*; by Keith Brown

http://www.watsoninstitute.org/pub_detail.cfm?id=132

⁴ Kovrig (1976:193-94)

⁵ Biondich (2005:76-77)

⁶ *ibid.* (pp.80-81)

⁷ Kovrig (1976:193)

⁸ citado en Trifkovic (1993:880)

⁹ Trifkovic (1993:880)

¹⁰ Kovrig (1976:194-95)

¹¹ West (1994[1940]:2)

¹² Kovrig (1976:196-97)

¹³ *ibid.*(pp.97-221)

¹⁴ De Launay (1974)

¹⁵ Kovrig (1976:219)

¹⁶ Presseisen (1960:361)

¹⁷ *ibid.*

¹⁸ *ibid.* (pp.361-63)

¹⁹ *ibid.* (pp.364-68)

²⁰ *ibid.* (pp.368-69)

²¹ Knejevitch (1951:40)

²² Sereni (1941:1144)

²³ Dragnich (1991:660)

²⁴ Pavlowitch (1981:90)

²⁵ Trifkovic (1993:880)

²⁶ Cornwell (2000:280)

²⁷ Trifkovic (1993:880)

²⁸ *ibid.*

²⁹ *ibid.* (pp.879-80)

³⁰ Cornwell (2000:280-81)

³¹ Trifkovic (1993: 880-81)

³² Cornwell (2000:281)

³³ *ibid.* (p.284)

³⁴ *ibid.* (pp.282, 290)

³⁵ *ibid.* (p.286)

³⁶ *ibid.* (pp.281-83, 288-90)

³⁷ *ibid.* (pp.286)

³⁸ Phayer (2001:xii-xiii)

³⁹ Goda (2005a:205)

⁴⁰ Cornwell (2000:280)

⁴¹ Avramov (1995:252)

⁴² Cornwell (2000:283-84)

⁴³ *ibid.* (p.285)

⁴⁴ Butler (2001[1956]:19)

⁴⁵ Butler (1997[1970]:27)

-
- ⁴⁶ Biondich (2005:80)
- ⁴⁷ Goda (2005a:210)
- ⁴⁸ Goda (2005a:206-07)
- ⁴⁹ Butler (1997[1970]:21-22)
- ⁵⁰ Goda (2005a:205, 208)
- ⁵¹ *ibid.* (p.209)
- ⁵² Butler (1997[1970]:24-25)
- ⁵³ Phayer (2001:34-36)
- ⁵⁴ Butler (1997[1970]:22)
- ⁵⁵ Cornwell (2000:283)
- ⁵⁶ Bulajic (2002:33)
- ⁵⁷ Butler (1997[1970]:26)
- ⁵⁸ *ibid.*
- ⁵⁹ Simpson (1988:181)
- ⁶⁰ *ibid.*
- ⁶¹ Cornwell (2000:285)
- ⁶² Trifkovic (1993:881)
- ⁶³ *ibid.* (p.900)
- ⁶⁴ *Le Monde*, noviembre 15 de 1993, "Hace 50 años, una división SS islamista en Bosnia," por Ives-Marc Ajchenbaum
- ⁶⁵ *Encyclopedia of the Holocaust*, Edition 1990, Volume 2, pp.706-07, entry Husseini, Hajj Amin Al-; Macmillan Publishers.
- ⁶⁶ Avramov (1995:211-12)
- ⁶⁷ Simpson (1988:123)
- ⁶⁸ Hilberg (1961:688)
- ⁶⁹ Butler (2001[1956]:15-16)
- ⁷⁰ Simpson (1988:176)
- ⁷¹ *ibid.* (p.89)
- ⁷² *ibid.* (p.177)
- ⁷³ *ibid.* (p.185)
- ⁷⁴ *ibid.*
- ⁷⁵ Goda (2005a:211)
- ⁷⁶ *ibid.*
- ⁷⁷ *ibid.*
- ⁷⁸ Simpson (1988:185)
- ⁷⁹ Goda (2005a:212)
- ⁸⁰ Simpson (1988:185-86)
- ⁸¹ *ibid.* (p.187)
- ⁸² Avramov (1993:243)
- ⁸³ Goda (2005a:213-16)
- ⁸⁴ Avramov (1995:243-44)
- ⁸⁵ Butler (1997[1970]:24-25)
- ⁸⁶ Simpson (1988:196)
- ⁸⁷ Goda (2005a:217)
- ⁸⁸ Judt (2005:23)
- ⁸⁹ Goda (2005b:227)
- ⁹⁰ *ibid.* (pp.227-28)
- ⁹¹ *ibid.* (pp.227-28)

⁹² *ibid.* (pp.230-31)

⁹³ *ibid.*

⁹⁴ Redinger (2002:490)

⁹⁵ Butler (1997[1970]:27)

⁹⁶ Nazi War Crimes Suspect Extradited; Yugoslavia Charges Artukovic
Killed Hundreds of Thousands; The Washington Post, February 13, 1986,
Thursday, Final Edition, First Section; A4, 775 words, By Mary Thornton,
Washington Post Staff Writer

⁹⁷ Simpson (1988:123)